

LA FAUNA DEL ESPACIO

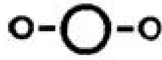
H. S. THELS

COLECCIÓN
ESPACIO

La fauna del espacio

por

H. S. THELS



EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA. – Pasaje Nuria, 8. – BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO



obre el espaciódromo «Europa», el más grande de los cinco que el hombre había establecido en Júpiter, el gigante de los gigantes, la animación era ciertamente extraordinaria.

Once colosales pilastras: los generadores del «ambiente Tierra», lanzaban chorros de oxígeno y demás elementos del aire normal; por otra parte, nueve helicópteros, gobernados por robots, inmovilizaban, merced a campos electromagnéticos, aquel ambiente que hacía posible que los humanos se paseasen tranquilamente en la superficie del más adverso de los mundos del Sistema Solar.

Habían ya pasado, para siempre, las complicadas cúpulas de «ultra-plastic», que habían servido para establecer las primeras estaciones terrícolas en la Luna, en Marte, en Venus y en Mercurio. Coincidiendo con la conquista de Júpiter, en enero del 3035 —hacía solamente quince años— se descubrió la posibilidad de crear,

sobre la superficie de cualquier mundo, por inhóspito que fuese, una falsa cúpula, electromagnética, capaz de mantener el ambiente generado por las «máquinas de ambiente Tierra», sin que una sola molécula de aire, o una fracción de gravedad se escapase de la zona.

Fuera de aquellos islotes, llamados «Erde-Lands», en honor de su descubridor, el profesor germano Schüzlle, los desiertos jovianos se extendían con su tremenda aridez y su atmósfera cargada de gases deletéreos.

Rodeados de un grupo de amigos y de periodistas, corresponsales de la prensa de la Tierra y de Marte, únicos mundos habitados del Sistema, tres hombres, sonrientes, se encaminaban hacia la colosal astronave que se erguía, en el centro geométrico del espaciódromo, como una plateada flecha que apuntase al infinito.

Algunos de los doce satélites de Júpiter eran visibles en el cielo y un día grisáceo, como correspondía a la distancia que separaba al mayor de los planetas del Sol —unos 777 millones de kilómetros— hacían que el astro rey tuviese, aproximadamente, el tamaño de una naranja.

Pero para nada necesitaban los hombres aquella lejana y pobre luz solar. Media docena de reactores atómicos, enclavados en el subsuelo del espaciódromo, producían luz y calor en una cantidad más que suficiente para poder ver con toda clase de detalles el más pequeño objeto que yaciese sobre el «caucho-asfalto» de las pistas.

Desde lo alto de la cabina de «The Star of Space» —«La Estrella del Espacio», Alan Black, el piloto, veía acercarse la comitiva que venía a decir adiós al puñado de hombres que se disponían a realizar la más grandiosa hazaña de todos los tiempos.

A la cabeza del nutrido grupo que avanzaba hacia la astronave, venían los tres hombres que iban a ser sus compañeros de viaje hacia más allá del Sistema Solar. Y al contemplarlos, desde lo alto de la cabina, como minúsculos muñecos, Alan no pudo evitar una sonrisa.

Aunque Alan había vivido en compañía con aquellos hombres durante las once últimas semanas, no podía presumir de conocerlos, ni mucho menos.

Eran para él y seguirían siéndolo por mucho tiempo tres desconocidos a quienes sólo mucho más tarde, cuando los hubiese

visto en muchas situaciones diversas, empezaría, sin duda a conocer con intimidad.

Allí estaban los tres, cada uno con su tremenda inteligencia completamente vertida a determinada especialidad; potentes cerebros capaces de ahondar en los más profundos problemas, pero incapaces —y de esto no podía dudar Alan ni un sólo instante— de ver la vida por el lado práctico. Por eso estaba él allí, con sus treinta y cinco años y más de once millones de kilómetros de viajes espaciales. Sí, por eso estaba allí, conocedor de los misterios de las máquinas atómicas de la astronave… pero nada más.

Levantó la mirada hacia el cielo preguntándose hasta dónde podrían ser ciertas las pretensiones de aquellos tres hombres.

Urano, Saturno, Neptuno y Plutón habían sido desechados por el Hombre, que no vio en ellos más que mundos muertos, demasiado alejados del Sol y sumidos, para una escalofriante eternidad, en el abismo de la más espantosa de las noches.

Por eso se había elegido como el trampolín para el lanzamiento de la «Star of Space», a pesar de que la fuerza de gravedad allí era mayor que en cualquier de los demás planetas y que la «proporción de masa» había sido muy difícil de vencer.

Pero Marte estaba demasiado «atrás» y Júpiter ofrecía, desde muchos particulares puntos de vista, las características necesarias para dar aquel tremendo salto hacia el Universo.

Los miembros de la expedición estaban ya junto a la escalerilla que conducía al interior de la astronave.

Alan no había querido asistir a aquella entrevista final que, vista desde la cabina, tenía algo de duelo. Así era en efecto: cada hombre se inclinaba ceremoniosamente al estrechar la mano de alguno de los expedicionarios y al joven piloto le pareció, en más de una ocasión, leer las palabras en los labios de los que despedían a los sabios.

—Le acompaño en el sentimiento, profesor…

Sonrió divertido.

Lo más probable era que no regresasen jamás; pero aquello ya se daba por descontado y había entrado a formar parte del estado de conciencia de los cuatro astronautas.

Tembló el videófono de la cabina antes de que la pantalla se iluminase.

El rostro de Harry Thomason, el biólogo y cibernético —ambas ciencias tenían ya muchos puntos de contacto— apareció en el marco ovalado de la pantalla.

—¿Todo preparado, Alan?

—Sí, profesor. ¿Han terminado las despedidas y los adioses?

El otro percibió el tono cáustico de las palabras del piloto.

—Eran necesarias, Black. No olvide la ayuda económica que hemos recibido de todos esos señores; sin ellos…

—Ya lo sé. Todo hubiese sido un sueño.

—Está usted nervioso, ¿verdad?

—Sí. No puedo negarlo.

—Igual nos ocurre a todos. No se preocupe. En cuanto hayamos realizado la primera «curvatura», olvidaremos nuestras particulares cuitas.

—Eso espero.

—Nosotros vamos a permanecer en la sala de mapas para mantenemos en contacto con Radio Júpiter tanto tiempo como sea posible. ¿Quiere ocuparse de lo demás?

—Perfectamente.

Consultó el cronógrafo de a bordo.

—Faltan dos minutos.

—De acuerdo. Lance la nave en el segundo cero y no se preocupe de más. Hasta luego.

—Hasta luego, profesor.

La pantalla se apagó por sí sola y Alan, de un humor de todos los diablos, se acercó al micrófono y, tras oprimir un botón azul, esperó unos instantes.

—¡Diga!

Era una voz metálica y que no tenía nada de humano. Era la voz de Erik, uno de los dos robots que acompañaban a los humanos.

Alan lo reconoció en seguida; la voz del otro, de Leo, era más suave.

—Revisad todo lo de abajo y encended los reactores. ¡Rápido!

—Sí, señor.

La cámara de los robots era la más cercana a los motores atómicos y sólo ellos podían penetrar en el interior de los reactores, ya que estaban especialmente fabricados para que la radiactividad no les dañase.

Alan esperó impaciente; luego, al cabo de unos segundos:

—Todo dispuesto, señor.

Era la voz de Leo, y el joven sonrió, como siempre lo hacía, al escuchar hablar a aquella máquina. La voz era infantil y llena de inflexiones musicales, pareciendo agradable.

—¿Preparados para el segundo cero?

—Sí, señor Black.

Leo le había reconocido y aquello agradó a Alan. Su mirada se clavó en el cronógrafo, observando la aguja que daba vueltas y más vueltas, midiendo en cada una de ellas una centésima de segundo.

Conectó el dispositivo automático un minuto antes del segundo cero; luego, con la frente surcada por súbitas arrugas, lanzó una postrer mirada al espaciódromo y a los hombres que se agrupaban en las lejanas tribunas.

Un silbido horrísono se dejó oír; la nave del espacio tembló, un sólo instante, como si todo Júpiter hubiese empezado a temblar con ella.

Después… ¡nada!

* * *

La aceleración lo sumió, durante una buena docena de minutos, en una inconsciencia curiosa, ya que era capaz de seguir viendo el tablero de instrumentos; pero nada más.

En los últimos instantes, cuando ya empezaba a reaccionar, observó la silenciosa llegada de Erik, cuyos siete pies de altura le impusieron la misma admiración de siempre. Para los robots, la gravedad y la fuga centrífuga del riego sanguíneo no existían y ellos se movían en cualquier circunstancia, completamente ajenos e indiferentes a cuanto alteraba la delicada constitución de la materia viva.

Alan, mientras se incorporaba penosamente, envidió la maravillosa resistencia de aquellas máquinas.

Haciendo caso omiso a su presencia, Erik lanzó una rápida ojeada a los instrumentos de la cabina. Sus ojos —dos células fotoeléctricas de color anaranjado; los de Leo eran verdes— registraron todos los cambios sufridos por los cuadrantes, y tan silenciosamente como de costumbre, pulsó las teclas del cerebro

electrónico que había en un rincón, a la derecha, inscribiendo las primeras observaciones en el Diario de a bordo.

Alan ya estaba completamente repuesto.

—¿Todo normal, Erik?

El robot se volvió lentamente hacia él.

—Todo perfectamente, señor Alan. Estamos dejando atrás Neptuno.

—¿Cuánto hace que hemos abandonado Júpiter?

—Catorce minutos y dos segundos, señor.

—¿Sabes algo de los profesores?

—Leo está con ellos.

—Voy a ver.

Atravesó la puerta que separaba la cabina de pilotaje de la sala de mapas, donde encontró a los sabios, aún reclinados en sus sillones funcio-anatómicos.

H. Thomason empezaba entonces a recuperarse.

Leo, el segundo robot de a bordo, estaba junto a la puerta de los ascensores. Su cabeza se movía ligeramente a medida que iba mirando a uno y otro sabio. Sus bellos «ojos» verdes despedían desiguales destellos.

El piloto se dejó caer en uno de los sillones.

—Dame un cigarrillo, Leo.

El robot se dirigió hacia la caja de caoba de la que cogió, con sus dedos «pinzas», un cigarrillo que entregó, delicadamente, a Alan. Su mano se quedó extendida, con uno de los tres pulgares enhiestos.

Alan acercó el cigarrillo a aquel dedo y una llamarada azul brotó del metal, encendiendo el cigarro.

El robot regresó a su lugar, junto a la puerta de los ascensores.

Alan aspiró glotonamente el humo de su cigarrillo. Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, sintió que sus nervios se relajaban y que una tranquilidad bienhechora volvía a él.

El profesor Thomason se pasó la mano por la frente; después, abriendo totalmente los ojos, sonrió al piloto.

—¿Sin novedad?

—Todo ha ido bien profesor —contestó el joven, devolviéndole la sonrisa—. Nos acercamos a Plutón.

El otro asintió con la cabeza antes de decir:

—Tendremos que avivar la recuperación de nuestros amigos.

Hemos de preparar la «curvatura».

Se volvió hacia el robot:

—¿Quieres preparar unos vasos de «bioestimulantes», Leo?

Los ojos verdes brillaron al mirar al profesor.

—¿Cuántos vasos, señor?

—Uno para cada uno de nosotros; creo que lo necesitamos igualmente… ¿No le parece, Alan?

—Estoy de acuerdo, profesor.

Los treinta dedos de las dos manos de Leo, quince en cada una de ellas, hicieron verdaderas maravillas de combinación. Entre aquellos dedos metálicos, los vasos vibraban con ecos agradables.

Todos los humanos se recuperaron velozmente.

Se encendieron nuevos cigarrillos y se habló, un tanto vivamente, de los detalles del despegue que acababan de realizar; después, James Limer, el astrofísico de la expedición, tomó la palabra.

—Señores —empezó a decir—, nos estamos acercando al lugar en que vamos a poner en práctica uno de los experimentos más importantes que ha ideado la mente humana.

»Todos sabemos que esto que vamos a poner en práctica deriva del descubrimiento fantástico de una mente genial que lució, como una estrella de primer orden, allá por la primera y casi la segunda mitad del siglo xx. Ahora, muchos años, muchos siglos podía haber dicho, nos parece mentira que un hombre de aquella época, en muchísimos aspectos terriblemente atrasada, pudiese llegar a tan maravillosas conclusiones.

»Me refiero a Albert Einstein.

»En un siglo de oscuridades, cuando sus coetáneos se dedicaban a pensar en la más refinada manera de matarse; cuando la biología no había descubierto aún las “isominas”, que eliminarían la raíz bárbara y animal de los humanos, convirtiéndolos en lo que hoy son, Einstein se atrevió a demostrar lo imposible de un universo infinito, encerrándolo definitivamente en su célebre “curvatura”.

»No podía imaginarse el sabio germano todo lo que había hecho por la humanidad y, sobre todo, por las generaciones futuras; por nosotros concretamente.

»Porque tampoco pudo adivinar que su “curvatura”, que era como una verja que encerraba el espacio, haciéndolo infinito, iba a

poder aplicarse a cualquier lugar del espacio, gracias a la ecuación de Heiberg, descubierta hace exactamente treinta años.

»Heiberg demostró que la "curvatura" se encuentra en cualquier sitio y que es el camino lógico para pasar lo que antes era un abismo. No pudiendo conseguir una nave que alcance la velocidad de la luz, cosa que no solucionaría casi nada, debido a las tremendas distancias que hay entre los astros, la curvatura de la infinidad de «subuniversos» nos va a permitir alcanzar los puntos más distantes del cosmos.

»¿Cómo?

»Muy fácilmente. Y un sencillo ejemplo nos lo hará ver en seguida. Cuando sujetamos una piedra a una honda —la más primitiva de las armas— y la hacemos girar, cada vez más velozmente, alrededor nuestro, la hacemos describir, en virtud de su radio rígido, una circunferencia; es decir, damos a su trayectoria una "curvatura cerrada".

»Si soltamos uno de los cabos de la honda, dejando en libertad el móvil, éste, en virtud de la fuerza centrífuga, sale disparado. Y ahí reside lo importante, ya que convertimos la "curvatura cerrada" en otra "abierta", que no es más que una elipse que, al principio, puede parecemos una parábola.

»En el caso de nuestra astronave, nuestro Sistema Solar será, dentro de poco, una "curvatura cerrada", y cuando "soltemos" la nave del radio energético que la unirá, como los cabos de la honda en el caso de la piedra, a lo que hace el papel de mano: el "space center", saldrá disparada, pasando de una curvatura a otra, de la cerrada a la abierta y como la "cerrada", como dije antes, es nuestro Sistema, nos hallaremos, inmediatamente, en otro punto del universo, cuya localización depende de los cálculos que hayamos establecido.

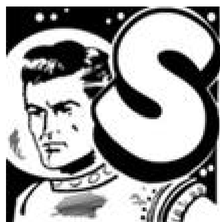
»El paso de una a otra "curvatura" es instantáneo, y como se realiza en "planos límites" de las distintas capas del universo, NO SEGUIMOS EL CAMINO DE LA LUZ, ni necesitamos para nada su VELOCIDAD. Es pura cuestión geométrica, y gracias a ella podremos llegar hasta donde se nos antoje, en un tiempo que es el NUESTRO; es decir el tiempo humano.

»El temor de los primeros astronautas, al acercarse a la velocidad de la luz, con la consabida "concentración del

tiempo”[1], ha desaparecido por completo, ya que no necesitamos velocidad alguna, sino “curvatura”.

»Eso es todo, señores. Y les pido perdón por esta penosa disertación que, de todos modos, era obligatoria.»

CAPÍTULO II

ubieron todos, por la única escalerilla que había en la astronave, desde el salón de mapas a la cabina-observatorio que, completamente transparente, gracias a sus paredes de «panthoglass», era una cúpula que sobresalía por lo alto de la proa de la «Star of Space».

James, el astrofísico, hizo las primeras observaciones.

—¿Quién está en la cabina de pilotaje? —inquirió momentos después.

—Erik —dijo Alan.

—Está bien. Ordénele que detenga la astronave dentro de cinco minutos.

El joven se acercó al micrófono y pronunció la orden que acababa de recibir.

—Todo debe estar preparado —dijo el astrofísico—. Dentro de poco lanzaremos el «space center», al que estaremos unidos por un radio energético, que se romperá cuando hayamos alcanzado la aceleración que necesitamos para pasar a la otra curvatura.

—¿Será peligroso para nuestro organismo? —inquirió Alan.

—No. Bajo la astronave, exactamente bajo la cámara de provisiones, existe un centro de gravedad, del que dependemos todos. A él están conectados una serie de giróscopos que mantendrán al aparato, a pesar de la aceleración portentosa que alcanzará, en perfecto equilibrio. Apenas si sentiremos nada, ya que la doble pared de la astronave es impermeable a todas las perturbaciones gravitatorias externas.

Guardaron silencio durante unos instantes, hasta que una luz

roja se encendió en uno de los cuadros.

La voz metálica de Erik se dejó sentir:

—La astronave se ha detenido.

Limer asintió con la cabeza.

—Perfectamente. ¿Dónde está Leo?

—En la sala de mapas.

—Vaya allí, por favor, Alan, y ordénele que lance la primera esfera. Está marcada con el número uno y ya está calculada la distancia a que debe permanecer de nosotros.

El piloto bajó velozmente la escalerilla.

Leo estaba en el mismo lugar que lo habían dejado.

El piloto le transmitió las órdenes del astrofísico y el robot se dirigió directamente a los ascensores. Tomó uno de ellos, se trasladó al piso inferior de la astronave y, una vez allí, torció a la izquierda, atravesó el depósito de provisiones y abrió, finalmente, con sus células foto-eléctricas, la puerta del fondo.

Se encontró en una especie de descomunal bodega repleta de esferas metálicas, distribuidas en una serie de estantes igualmente metálicos. Al fondo de aquella sala, era visible la culata de una especie de cañón.

Leo tomó la esfera marcada con el número uno y la introdujo en el cañón, cerrando después el dispositivo-culata. Seguidamente, oprimió el botón que conectaba con el disparador y la esfera abandonó velozmente la astronave avanzando por la negrura del espacio.

Aquella esfera —llamada «space center» (centro del espacio)— no iba radio-guiada, sino que dependía, como todos los cuerpos del espacio, de la ley de gravitación universal, y como la masa más próxima, en aquel lugar alejado de todos los planetas, era la de la astronave, la esfera había de convertirse, forzosamente, en una especie de satélite que se separaría matemáticamente de la «Star of Space» una distancia que dependía de la ley de gravitación.

Cuando terminó de alejarse la nave, emitió una señal que iluminó el cuadrante de uno de los aparatos de la sala de observaciones.

—Ya lo tenemos —dijo Limer.

Y volviéndose al piloto:

—Debe usted fijar todos los mandos de su cabina, Alan. La nave

no estará sometida más que a la aceleración que conseguiremos dentro de unos instantes.

—Voy, señor.

Cuando Black hubo salido, Thomason, que deseaba ayudar en la labor de preparación, se acercó al robot.

—Prueba los radios energéticos, Erik.

El robot manipuló unos aparatos situados en el otro extremo y dijo, al cabo de unos momentos:

—Todo en orden, profesor.

James Limer se acercó al micrófono.

—¡Atención, Alan! —gritó—. Siéntese en su sillón y cierre los cinturones de seguridad; dentro de dos minutos daré la señal de marcha.

Tomaron asiento los sabios y sólo quedó Erik en pie. Thomason miró al robot con cierta inquietud.

—¿No cree usted Limer, que Erik sufrirá los efectos de la aceleración?

—Ya lo sé. Voy a ordenarle que se cree su propio campo gravitatorio. ¡Erik!

—¿Señor?

—Aprieta tu botón catorce, el que tienes a la altura del hombro derecho.

—Sí, señor.

El colosal cuerpo del robot se puso a flotar como si hubiese perdido todo su peso.

—Está bien. Acércate al micrófono y dile a Leo que haga lo mismo.

El hombre-mecánico obedeció.

—Vete aproximando ahora a la tabla de mandos del cuadro A y cierra el contacto azul.

Erik siguió dócilmente las instrucciones que acababa de recibir.

Algo brilló lejos, en la esfera, y la astronave empezó a girar a su alrededor a velocidad creciente.

El «space center» desempeñaba ahora el papel de la mano del pastor, los radios energéticos el de los tirantes de la honda y la astronave estaba en su papel de simple piedra.

La aceleración fue aumentando en progresión geométrica, debido al dispositivo de la esfera y a los pocos instantes la «Estrella

del Espacio» era casi completamente invisible, tal era la aceleración conseguida.

En uno de los cuadros, no lejos de la fantástica figura metálica de Erik, que seguía flotando en la cabina, un reloj movía locamente sus agujas que medían centésimas de segundo; junto a él; un «gravemanómetros» iba marcando los «g» de aceleración conseguida.

De repente, cuando la aguja del segundo reloj llegó a una marca roja, un dispositivo especial cortó el radio energético, y la astronave, que estaba describiendo círculos alrededor de la esfera, se desprendió ésta —como la piedra de la honda— convirtiendo su órbita circular en una elipse, con uno de los focos en la esfera y el otro en el tenebroso infinito.

El estampido hubiese sonado si alguien hubiera estado allí para oírlo y si el éter hubiese transmitido el sonido.

Pero nada de eso ocurrió.

Y la esfera se quedó flotando, para la eternidad, en el espacio, mientras la astronave, que apenas era visible, atravesaba la curvatura y pasaba, instantáneamente, a un nuevo espacio…

* * *

Alan no había experimentado más que un ligero mareo. Cerró los ojos, cuando la aceleración se inició y casi no se percató de nada, ya que, poco después, volvía a abrirlos con la completa seguridad de que no había pasado nada.

Esperó unos momentos más y no pudiendo frenar su impaciencia, se levantó, liberándose del complicado sistema de cinturones de seguridad.

El cielo seguía estrellado.

Lo primero que llamó su atención fue el ver que desconocía por completo las constelaciones que tenía a la vista. Revisó los mapas celestes y los de ruta, que tenía sobre una de las mesitas auxiliares y tuvo que rendirse a la evidencia.

¡Estaban en una nueva porción del universo!

Se precipitó a la sala de mapas, que atravesó como una exhalación, y subiendo por la escalerilla penetró en la sala de observaciones.

—¡Lo hemos logrado! —gritó.

Los profesores se estaban desatando los cinturones de seguridad, pero Erik seguía flotando.

Con una divertida sonrisa, Alan se acercó al hombre de hierro y oprimió el botón número trece. El robot recuperó su posición bípeda.

Thomason se había acercado a la pared transparente y contemplaba arrobado la nueva disposición de las estrellas.

—Habrá que calcular la longitud del salto que hemos dado— musitó en voz baja.

—Lo haremos en seguida— replicó vivamente Linter, que se hallaba a su lado.

En cuanto a Simón Aller, el geólogo, no dijo nada. Estaba también contemplando las estrellas, y la emoción que le embargaba era demasiado grande para poder pronunciar una sola palabra.

—¿Qué haremos ahora? —inquirió Alan.

—Puede ir usted estudiando un rumbo hacia el Sistema más próximo, Black.

—Perfectamente, señor.

Salió de la sala de observaciones y pasó a su cabina, donde empezó a hacer cálculos, encontrando poco después, a unos ocho millones de kilómetros, un sol que resplandecía vivamente. Aquella estrella no debía ser joven, porque tal distancia de la astronave se hubiesen sentido efectos mortales.

Alan la desechó.

—Bebe de ser un astro en vías de muerte y extinción— se dijo.

No podía ser de otro modo; pero aquello no le importó; su telescopio le hizo descubrir, casi inmediatamente, un sol potente, que debía tener un buen número de planetas.

La distancia que les separaba de aquel sistema no excedía de los cien millones de kilómetros, aproximadamente la distancia de Venus al Sol.

Calculó las coordenadas del rumbo y puso la astronave en marcha, sin consultar a los otros.

—Como siempre —se dijo—, deben estar enzarzados en esas discusiones científicas que no acaban nunca.

Fue imprimiendo aceleración tras aceleración y cuando consideró que todo estaba en regla, abandonó la cabina,

dirigiéndose hacia la sala de mapas, donde los profesores se hallaban reunidos.

—¿Hacia dónde vamos, Alan? —inquirió Thomason al verle.

—He puesto proa a un Sistema bastante importante.

—Es igual; empezaremos a investigar algunos de estos mundos. Todos ellos deben tener un interés tremendo. Estoy deseando comprobar las clases de vidas que existen por aquí.

—¿Es que serán diferentes a la nuestra? —inquirió Alan.

—¿Qué le hace suponer eso? —preguntó Harry Thomason, el biólogo de la expedición.

—Oí una vez una conferencia en Marte —dijo Alan—. Se decía que, puesto que el universo tenía aproximadamente la misma composición, los mismos gases, idénticos minerales, etc…, la vida no podía diferir mucho, de la que conocemos en la Tierra. Recuerde que los marcianos, aun siendo un poco más pequeños que nosotros, eran igualmente seres humanos.

—Eso es una verdad… relativa, Alan. Nosotros, los hombres, apenas si hemos conocido en nuestro planeta más formas de vida que las contemporáneas. Sin embargo, recordará las formas monstruosas de otros tiempos geológicos. ¿No parecen sacados de una novela de anticipación científica? Dinosaurios, brontosaurios, pterodáctilos y hasta los mismos mamuts, ¿tienen algo que ver con los animales actuales? No obstante, aparecieron en nuestro propio mundo, casi todos ellos antes que la Especie humana hiciese acto de presencia en su superficie.

—Es verdad.

—Sí, amigo mío, no tenemos más que una visión limitadísima de la vida. Y aun lo que nosotros llamamos «vida» no ha de ser, en realidad, más que un pobre y minúsculo aspecto de todo lo que la materia puede hacerse al organizarse. ¿Ha oído hablar de los virus?

—No, señor.

—Son «vidas» que hasta su descubrimiento nos hubiesen parecido imposibles… Muchas enfermedades eran producidas por esos virus.

—¿Son entonces microbios?

—Sí, en cierto modo. Pero mientras los microbios están reconocidos como animales o plantas pequeñísimas, los virus no encuadran en ninguno de los dos reinos.

—¿Reinos?

—Sí, el vegetal y el animal.

—¿Qué son entonces?

—¡Cristales!

—¿Cristales vivos?

—Sí. Ya ve usted, Alan, que no hace falta salir de la Tierra para asombrarse. ¡Imagínese lo que podremos encontrar en esta parte del universo!

—Me da escalofríos el pensarlo.

—Tendremos que estar alerta, Alan. La vida está regida por dos leyes y las dos son hostiles a cualquier especie que se acerque a estudiarlas.

—¿A qué se refiere usted, profesor?

—A la ley de conservación de la especie y a la de conservación del individuo. Toda forma de vida SE ALIMENTA Y SE REPRODUCE. ¡Ahí está el peligro para nosotros!

—¿De qué manera?

Thomason movió la cabeza de un lado para otro, dubitativamente.

—¡Ya quisiera yo saberlo, mi joven amigo! Lo único que deseo, para que esta expedición no tenga ninguna horrible desgracia que lamentar, es que tengamos cuidado, mucho cuidado, y que midamos nuestros pasos antes de avanzar hacia lo desconocido. Afortunadamente, Erik y Leo pueden sernos de gran utilidad. Ellos no corren ningún peligro ante cualquier forma de vida que encontremos y serán los robots los que avancen en vanguardia para reconocer el terreno antes de que nosotros lo hollemos.

—Así será mejor…

Notaron entonces que la nave frenaba la aceleración. Al mismo tiempo, uno de los altavoces directamente conectados con el tablero de mando, gritó:

«¡Proximidad de campo gravitatorio…! ¡Proximidad de campo gravitatorio!»

—Nos estamos acercando al Sistema. Quizá tengamos algún planeta cerca.

Corrió Alan a la cabina de pilotaje y nada más entrar lanzó una exclamación que no pudo evitar.

—¡Un planeta!

Sí, allá estaba, como una esfera rosada, envuelto por una densa atmósfera que impedía la visión directa de su superficie.

Pulsó el visófono.

—¿Qué hacemos? —inquirió.

En la pantalla del visófono había aparecido la totalidad de la sala de mapas y los tres sabios en su interior. Fue Limer quien se acercó.

—Disponga el aterrizaje, Alan.

Una emoción indescriptible se apoderó del joven, mientras compulsaba los mandos automáticos de la astronave.

CAPÍTULO III

a «Star of Space» se posó en una llanura inmensa. Por parte alguna, en todo el horizonte visible en la parte diurna de aquel mundo, ni una sola elevación de terreno aparecía,

La superficie del planeta no poseía el color rosado que hubiera podido preverse al observarlo desde lejos, y Alan dedujo que aquel color se debía a la refracción de la luz del sol, que aparecía en el horizonte, mucho mayor que el sol para los hombres de la Tierra.

—¡Debe hacer un calorcito ahí afuera! —dijo en voz alta.

El visófono se iluminó y el rostro de Thomason apareció en la pantalla.

—Haga el favor de venir, Alan.

Subió a la sala de observación.

Los sabios miraban la superficie del planeta y estaban en silencio. Fue Aller, el geólogo, el primero en hablar.

—Nunca me hubiese imaginado un mundo así… ¡Ni la menor colina!

—Aquí —dijo Alan dirigiéndose al biólogo— no pensará usted encontrar el menor rastro de vida.

—No lo sé —repuso Thomason—; pero, por lo que veo, creo que tendrá usted razón, por esta vez.

—Indudablemente —intervino Limer, el astrofísico—, se trata de un mundo o muy viejo o en plena formación; aunque me inclino por la primera hipótesis.

—¿Por qué?

—La ausencia de montañas y de rocas en este planeta parece demostrarnos que todo, desapareció, por la obra de una erosión

formidable, convirtiéndose en polvo. Es un mundo tremendamente viejo, hasta un punto casi imposible de concebir.

—Entonces, si se trata de un mundo tan viejo y tan cerca de la muerte, no pensará el profesor Thomason hallar vida.

—Casi estoy seguro de que no; de todas formas, vamos a enviar a Erik para que realice una pequeña exploración. Nos traerá muestras de la atmósfera y de la tierra o arena de este mundo. ¡Erik!

—Señor…

—Sal fuera por la puerta inferior. Ya te iremos dando órdenes una vez que estés en el exterior.

—Perfectamente.

Esperaron a ver el robot sobre la superficie de aquel misterioso planeta, y cuando lo vieron, marchando sobre la llanura, Aller lanzó una exclamación.

—¿Qué ocurre? —inquirió Alan.

—¡No se hunde! Creíamos que se trataba de polvo, de arena y los pies de Erik no se hunden ni un milímetro… Debe tratarse de una superficie dura.

—¿Es eso importante?

—No lo sabemos aún.

Se acercó Aller al trasmisor.

—¿Has cogido atmósfera, Erik?

La voz metálica del robot se dejó oír inmediatamente:

—Sí. He respirado la atmósfera y retenido un litro en mis pulmones.

—Pero… —se asombró Alan—, ¿tiene pulmones ese robot? ¿Puede respirar como nosotros?

—No —repuso Thomason—. Erik, como Leo, están dotados de falsos pulmones, especialmente hechos para que puedan captar gases. En realidad, ningún robot respira…

—Comprendo.

—Coge un poco de tierra, Erik —ordenó Aller.

Se inclinó el robot, con su mano de múltiples dedos, para llevar a cabo lo que acababan de ordenarle; pero, en aquel instante, cuando sus aceradas uñas se disponían a hundirse en la materia que tenía a sus pies, EL SUELO SE HUNDIÓ, creándose una especie de minúsculo agujero.

Nuevamente Erik trató de apoderarse de una porción de «tierra»; pero otra vez RETROCEDIÓ el suelo y el hoyo se hizo de mayor diámetro.

Los hombres no podían decir nada; tal era su asombro.

Alan fue el primero en reaccionar.

—¿Qué demonios ocurre?

—No lo sé —repuso Thomason—. Es lo más extraño que he visto jamás. Voy a bajar yo…

Se volvieron todos hacia él.

—¿No irá usted a hacer eso? —se asombró Alan.

—¿Por qué no? Erik es un robot, pero nada más que eso… Quizá el suelo de este mundo retrocede, cada vez que Erik quiere coger un trozo, debido a una repulsa de orden magnético… No hay que olvidar que los robots son esencialmente metálicos.

—Pero, puede ser peligroso —arguyó Limer—. Ese mismo magnetismo puede dañarle a usted.

—No lo creo. Me pondré el traje espacial número 3, que es antimagnético.

—¡Yo voy con usted! —exclamó Alan.

—Está bien. Vamos.

Diez minutos más tarde, después de esperar en la «cámara de vacío», a que la atmósfera del planeta los envolviese, salían al exterior. Erik seguía intentando, vanamente, alcanzar un trozo de suelo.

Se acercaron a él.

—¡Déjalo ya, Erik! —ordenó Thomason por su micrófono, situado bajo la escafandra transparente de su traje espacial.

Se incorporó el robot, volviendo sus ojos foto-eléctricos hacia los humanos.

—Está bien, señor —dijo.

Harry, seguido de Alan, llegó hasta el lugar donde se encontraba el robot. El profesor se arrodilló en el suelo y observó, detenidamente, el hoyo que, paulatinamente, se iba rellenando de nuevo, hasta que adquirió la horizontalidad normal.

—Es curioso… —dijo entre dientes—. Debe de tratarse, sin duda alguna, de un proceso de orden electromagnético.

Alan, entre tanto, miraba curiosamente en derredor suyo. Aquella inmensa planicie ejercía sobré él un maleficio creciente. No

le hubiese importado hallarse en un mundo hostil, habitado por monstruosos seres, tal y como había leído en muchas novelas de anticipación científica; pero aquel silencio, aquella aparente tranquilidad, aquella quietud tremenda le producían una sensación de indecible angustia.

Por otra parte, el suelo sobre el que posaba sus pies le parecía una trampa, uno de esos cepos cósmicos que el hombre ha de encontrar en sus viajes estelares…

Thomason seguía arrodillado, absorto en la contemplación del suelo móvil.

Bruscamente, el micrófono resonó en los oídos de Alan. Los llamaban desde la sala de mandos de la astronave.

—¡Alan!

Era la voz de Limer.

—¿Qué ocurre, profesor?

—¡Vuelvan inmediatamente!

—¿Por qué?

—¿Es que no se han dado cuenta?

—¿De qué, profesor?

—Están ustedes en un hoyo que va siendo cada vez más profundo…

Alan miró en derredor suyo.

¿Cómo no se había percatado antes?

James tenía razón. A su alrededor se habían ido formando colinas QUE PARECÍAN IR CRECIENDO A OJOS DE VISTA…

—¡Profesor Thomason!

El otro no contestó.

—¡Profesor Thomason!

Ahora Harry volvió ligeramente la cabeza.

—¿Qué quiere usted, Alan? —inquirió con voz agria.

—¡Hay peligro, señor! ¡Nos vamos hundiendo!

Dentro de su traje espacial, Thomason se encogió olímpicamente de hombros; luego, con voz dura, contestó:

—¡Déjeme tranquilo, Alan! ¡Se trata de un fenómeno magnético sin importancia!

Y volvió a su contemplación.

Pero el piloto no estaba dispuesto a dejar a aquel sabio testarudo en medio de un peligro que iba creciendo a una velocidad loca. Se

dirigió al robot.

—¡Erik!

—Señor.

—Coge al profesor Thomason y volvamos a la nave.

Harry protestó y pateó inútilmente. Entre los metálicos brazos del robot parecía un niño que patalease en brazos de su padre.

Tuvieron que ascender rápidamente por una de las colinas que les rodeaban. Y una vez en la nave, Alan lanzó un profundo suspiro mientras, ya en el ambiente interior, se quitaban los trajes espaciales.

Thomason estaba rojo de cólera.

—¡No tiene derecho a eso, Alan!

—Fueron los profesores Limer y Aller los que nos avisaron, señor.

—¡Banda de estúpidos!

El ascensor les condujo hasta la sala de mapas; una vez allí, subieron al observatorio por la escalerilla.

Sin decir nada, con el ceño fruncido, Thomason se acercó al mirador; luego, con una voz burlona e hiriente, murmuró:

—¿Se dan ustedes cuenta, señores míos? ¡Ya está todo completamente llano! ¿Cómo deberé decirles que se trata de un caso elemental de repulsión magnética?

Miró al sol de aquel Sistema que se estaba ocultando.

—¡Mañana saldré y permaneceré, completamente solo, el tiempo que se me antoje! No nos iremos de aquí mientras no conozca la naturaleza del suelo de este planeta.

Salió del observatorio, tras dirigir una mirada de rabia a Alan.

—Está enfadado de verdad —comentó el piloto.

—Ya se le pasará —dijo el geólogo—. Harry ha sido siempre así, un testarudo. De todas formas, creo que nos hemos excedido y que es él quien tiene razón.

—¿Usted cree?

—Es casi seguro. ¿Qué otra causa puede producir esos alejamientos y acercamientos del suelo de este planeta? Harry está en lo cierto y no se puede buscar otra explicación más lógica que el magnetismo.

Alan no dijo nada y después de comer todos juntos, excepto Thomason, que no apareció en el comedor, el piloto se fue a su

cabina, en la proa de la nave, para dar un repaso a los aparatos.

No tenía sueño.

Lanzó una mirada inquisitiva al exterior. Bajo la difusa luz de las estrellas, aquel planeta no parecía tener satélite alguno, el suelo no era más que una masa negra e informe, algo que, a pesar de las aseveraciones de los sabios, produjo un estremecimiento a Alan Black.

No; él no podía explicarse indudablemente aquel fenómeno. A pesar de sus estudios en la Escuela de Astronavegación de Marte, en la que permaneció seis años, no poseía una formación científica lo suficientemente sólida para juzgar los misterios de un mundo desconocido.

Le extrañaba toda ausencia de vida; eso sí. Pero, de todas formas, los viajes interplanetarios que había hecho, sobre todo a Júpiter, le habían demostrado que la falta de vida no era nada que pudiese asombrar dentro del universo.

Sin embargo, aun en Júpiter, el más desolado de todos los mundos que conocía, los minerales abundaban y los «géiseres hirvientes», aquellos volcanes de lava azulada, demostraban, por lo menos, la existencia de algo que, sin ser vivo, ofrecía una «actividad».

Aquí, en este planeta, todo era demasiado silencioso, demasiado plano, demasiado llano para ser verdad.

Fumó cigarrillo tras cigarrillo, sin sentir el menor deseo de acostarse. Estaba nervioso, intranquilo y ciertamente angustiado.

¿Por qué?

Le hubiese sido imposible decirlo. Era como un indefinido malestar; algo que no tenía explicación lógica; pero que, no obstante, le iba invadiendo con una intensidad creciente.

Abandonó la cabina y recorrió, calladamente, la silenciosa astronave. Los sabios debían de estar dormidos hacía rato, ya que no se veía luz por las rendijas de las puertas de sus cabinas, situadas, como la suya propia, en el piso superior y hacia la popa de la nave.

Al llegar a los ascensores estuvo tentado de irse a descansar; pero rechazó la idea.

No podría conciliar el sueño, por muchos esfuerzos que hiciese.

Sin saber exactamente por qué, Alan tomó uno de los dos

ascensores y se hizo conducir a la planta baja de la astronave. Penetró luego en la sala de los robots, la más próxima al reactor atómico y contempló silenciosamente a Erik y Leo, que se mantenían inmóviles, uno junto al otro.

Los ojos foto-eléctricos se volvieron hacia el humano, impresionados por su presencia, pero ninguno de los dos hombres mecánicos se movió; no podían hacerlo mientras sus cerebros electrónicos no fuesen impresionados por la voz del hombre.

Dando media vuelta, Alan cruzó el estrecho pasillo y pasó a la cámara de provisiones. Tuvo que dar un rodeo para no tropezar con la colosal giba que surgía del suelo y que encerraba, en su interior, el centro de gravedad y los giróscopos principales de la «Star of Space».

Al otro lado de los sacos de provisiones, de las latas de conservas, de los botes de «panvitaminas» y de los medicamentos de emergencia, se encontraban las jaulas de los animales vivos de experimentación.

Había cobayas, ratas y monos de diferentes especies.

Una idea atravesó su cerebro.

Acercóse a la jaula de los conejillos de Indias y los examinó con una sonrisa en los labios. Los animalillos, sorprendidos por la inusitada presencia del humano, corrieron de un lado para otro, moviendo sus hocicos y sus cortos bigotes con un aire de comicidad indudable.

Alan seguía sonriendo…

Pero, en realidad, su cerebro trabajaba febrilmente. Por el momento, a pesar de conocer las probabilidades de la idea que se había hecho, en su mente, no podía concretar los resultados que podría obtener y era aquello precisamente lo que le retenía allí, sin dejar que pasase a la acción.

—¿Por qué no? —se preguntó en voz alta.

Luego, casi al momento, llamó:

—¡Erik!

Se oyeron, rítmicos como el tictac del reloj, los pasos del robot; luego Erik apareció en la puerta de la cámara de provisiones.

—Señor —dijo con su habitual tono metálico en la voz.

Entretanto, Alan se había apoderado de uno de los conejos. El animal se debatía entre sus manos cuanto podía.

—Escucha bien, Erik. Vas a salir por la puerta pequeña que hay debajo de la cabina de pilotaje. Dejarás este conejo cerca de la nave, exactamente en la zona de los reflectores y volverás dentro. ¿De acuerdo?

—Sí, señor Alan.

El piloto había atado, mientras tanto, las patas y manos del conejo, de forma que no pudiese escapar; se lo tendió luego al robot.

Mientras que el hombre mecánico se dirigía hacia el estrecho pasadizo que conducía a la compuerta, Alan corrió a la subcabina, una especie de escotilla saliente y esperó allí, tras haber encendido un grupo de reflectores que iluminaron crudamente la misteriosa superficie del planeta; luego, instantes después la alta silueta del robot avanzó hacia la zona iluminada.

Erik se inclinó ligeramente y puso el conejo sobre el suelo; se volvió después y con su misma indiferencia mecánica salió de la luz encaminándose hacia la astronave.

Alan no separaba su mirada del animal que después de permanecer unos instantes quieto, empezó a sacudirse para intentar deshacer las ligaduras que le apresaban.

Más tarde, seguramente agotado, se quedó inmóvil, con las orejas enhiestas y los rojizos ojos singularmente abiertos.

El tiempo empezó a pasar con una lentitud que exasperaba la impaciencia del joven piloto. Todavía no estaba seguro, ni mucho menos, de que lo que intentaba tuviese resultado positivo alguno. Y aunque alguien le hubiera preguntado sobre lo que esperaba que se produjese, se hubiese visto en un aprieto formidable.

Fumó cigarrillo tras cigarrillo y se cansó de mirar fijamente al conejo que, por su parte, parecía completamente tranquilo. Alan lanzaba ojeadas al suelo que el animal tenía a su alrededor sin lograr ver absolutamente nada.

De repente…

No fue el hombre quien percibió la presencia de algo extraño, sino el conejo. Toda su tranquilidad desapareció como por ensalmo y empezó a retorcerse, consiguiendo, en frenéticos saltos, alzarse algunas pulgadas sobre la «tierra» en que yacía.

Alan sintió, sin saber por qué, aquella angustia que desde que había salido con el biólogo se despertó en su corazón. Era, como

antes, una sensación indefinible y absurda, pero que no por ello dejaba de hacerle daño.

El conejo continuaba debatiéndose y Alan descubrió entonces algo, que la intensidad de la luz de los reflectores le había impedido ver hasta entonces.

Apagó dos de ellos.

Casi en seguida estuvo a punto de lanzar una exclamación de triunfo.

Alrededor del conejo, la *tierra se había levantado* y el animal, pese a los desesperados esfuerzos que realizaba, *se iba hundiendo* más y más hasta que, un par de minutos más tarde, había desaparecido por completo, como tragado por aquella maldita tierra.

¡Tragado por la tierra!

Se erizaron los cabellos de Alan y permaneció allí, inmóvil, incapaz de pensar ni de hacer nada. Intentaba locamente explicarse el origen de todo aquello, pero por más que se devanaba los sesos, no logró hallar la respuesta a las preguntas que tan febrilmente se hacía.

Siguió allí, sin saber lo que hacer, como anonadado por lo que acababa de descubrir.

Estaba a punto de abandonar su observatorio, apagando las luces y esperando a que fuese de día para explicar a los profesores cuanto había ocurrido, cuando, al echar una ojeada al lugar donde había desaparecido el conejo, lanzó un grito de horror. La tierra había vuelto a abrirse y ahora, en el lugar exacto que había ocupado el animal… ¡aparecieron sus huesos, su esqueleto!

Durante un par de minutos, Alan no fue capaz de hacer nada. Con los ojos desorbitados, contempló aquellos restos que la tierra del planeta había devuelto…

Luego, a medida que la lógica conclusión se iba abriendo paso en su cerebro, el terror lo atenazó y, por un mecanismo de autodefensa mental, se resistió, durante un cierto tiempo, a aceptar algo que, no obstante, era la evidencia misma.

No, no podía caberle la menor duda.

¡Aquella tierra se había comido al conejo!

Corrió a los ascensores, se hizo conducir al piso superior de la nave y golpeó frenéticamente las puertas de las cabinas ocupadas

por los otros miembros de la expedición.

Limer, el astrofísico, fue el primero en salir, siendo casi inmediatamente seguido por los otros dos.

—¿Qué ocurre? —inquirió James Limer.

—¡Quiero que vean algo! —exclamó Alan que no sabía por dónde empezar su explicación—. ¡Hagan el favor de venir conmigo a la subcabina!

Se miraron entre ellos y encogiéndose de hombros siguieron al piloto. Una vez en la subcabina, se acercaron a la pared transparente y echaron una ojeada al exterior.

Thomason, que fue el primero en ver los huesos.

—¡Un esqueleto! ¡Qué interesante, Alan! —había olvidado su enfado de antes—. ¡Hay vida animal en este planeta!

Black se mordió los labios.

—No es eso, profesor. Esos son los huesos del conejo…

—¿De qué conejo?

—Del que yo puse fuera; es decir, fue Erik quien lo llevó al exterior.

Los tres hombres de ciencia miraban ahora, no sin cierto aire de preocupación, a su joven piloto.

Éste leyó claramente lo que decían aquellas miradas.

—No, no estoy loco. Se me ocurrió hacer que Erik sacase un conejo fuera y yo observé lo que ocurría. En realidad, solamente deseaba ver si se formaban aquellas colinas «magnéticas, como dijo usted, profesor Thomason…

—¿Y qué pasó? —preguntó éste con cierta insolencia en la voz.

—Até al conejo para que no pudiese huir y escapase al campo de observación, ya que la zona iluminada era limitada. De momento no pasó nada; pero al rato, cuando yo ya desesperaba de que ocurriese algo, la tierra empezó a crecer en derredor del pobre animal. Unos minutos más tarde, el conejo desapareció, tragado por el suelo, como si le hubiésemos colocado sobre unas arenas movedizas…

Respiró con fuerza. Al recordar lo ocurrido, no pudo evitar un nuevo estremecimiento.

—Sin ningún motivo aparente —siguió diciendo Alan—, me quedé aquí intentando vanamente explicarme lo que le había ocurrido al conejo. Luego, de repente, vi cómo la tierra devolvía el esqueleto…

El silencio de los profesores le molestó.

—¿No dicen nada? ¿Es que no se dan cuenta de lo que significa todo esto? ¿Están ciegos, acaso?

La voz de Thomason, al contestar, ya no era tan ruda como antes.

—¿Qué quiere usted decir, Black?

—¿Que qué quiero decir, profesor? ¿Es necesario que yo, el más ignorante del grupo, tenga que decir que esta maldita tierra se ha comido a ese pobre animal?

La mano de Thomason se posó amistosamente en el hombro del piloto.

—Esa es la verdad, Alan.

La tensión nerviosa del joven desapareció como por encanto. Ahora, al saberse comprendido, se encontraba totalmente tranquilo.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió, no obstante.

—Abandonar este peligroso planeta en cuanto sea de día —repuso Aller, el geólogo, con un tono de inseguridad en la voz.

—Voy a disponerlo todo —dijo Alan alegremente—. No debe faltar mucho tiempo para que amanezca…

Lanzó una mirada a su cronógrafo y frunció el entrecejo.

—¿Cuál era la duración del día en este planeta, profesor Limer?

—Ocho horas, aproximadamente. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque —dijo Alan con un hilo de voz— han pasado trece horas desde que se hizo de noche…

—¡No puede ser!

Consultaron los cronógrafos personales y luego, yéndose a la sala de mapas, hicieron cálculos con el cerebro electrónico.

Thomason fue el primero en levantar la cabeza. Su entrecejo estaba profundamente fruncido.

—Alan no se ha equivocado —dijo sombríamente.

—¿Entonces?— inquirió éste.

Permanecieron en silencio y durante largos minutos nadie se atrevió a romperlo.

Finalmente, Thomason, con voz emocionada empezó a decir:

—No creo que debamos alarmarnos seriamente; pero es necesario que nos enfrentemos con la realidad…

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó ansiosamente Black.

—Que puedo explicarme perfectamente por qué no ha

amanecido… Hemos sido tragados por el planeta…

—¿Eh?

—Sí. El monstruoso ser que es este astro intenta digerirnos como ha hecho con el conejo que Erik colocó fuera de la Astronave.

CAPÍTULO IV



lan se precipitó al ventanal transparente de la sala de mapas e intentó, inútilmente, ahondar la infinita negrura que rodaba la «Estrella del Espacio».

¡Tragados por un monstruoso ser!

Era algo tan inverosímil, tan ilógico que su mente sufría indeciblemente por hallar una salida humana a todo aquello.

—¡Vana empresa!

Thomason sabía perfectamente que nada —desde el punto de vista humano— podía permitir el concebir lo que estaba ocurriendo.

Se acercó al visófono.

—¡Erik! ¡Leo! —llamó.

Permanecieron todos en silencio hasta que los robots aparecieron en las puertas de los ascensores. Se acercaron los dos hombres mecánicos al que los había llamado.

—Cargar los cañones atómicos de proa —dijo Harry.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó el geólogo.

—Salir de aquí; pero, antes que nada, deseo contemplar el interior de la gigantesca vacuola que nos envuelve.

—¿«Vacuola»? —inquirió Alan—. ¿Qué demonios es eso?

—Una especie de estómago que poseen los seres unicelulares. A pesar de su colosal tamaño, el animal que intenta comernos no es más que una célula del tamaño de un planeta.

»Produce escalofríos ahondar en este pavoroso problema. Porque no podemos dudar que los otros planetas de este fantástico Sistema no sean, como éste, células supergigantescas. Entonces se nos plantea el problema de una nueva forma de vida cósmica que, al

reproducirse —porque todos los seres vivos lo hacen— irá extendiéndose, de constelación en constelación, de galaxia en galaxia…

»¿Cómo no prever el horrible final?

»De no ocurrir en contra, esta clase de vida se extenderá y cuando encuentre en su camino algún planeta habitado por seres vivos, hallará la fuente de su propia energía. Comerse a todos los animales y plantas de un planeta, como, por ejemplo, la Tierra, sería cuestión de unos pocos siglos. Y, de seguir así, esos monstruos se harán dueños del universo…

—¡Cállese!— suplicó Alan.

—No conseguiremos nada ocultando la verdad, amigo Black. Afortunadamente, estos monstruos están aún muy lejos —a muchos años-luz de nuestra galaxia—; pero, a nuestro regreso, tendremos que informar a las autoridades del Sistema para que vayan estudiando las medidas necesarias y pertinentes. La Humanidad debe irse preparando…

—Pero, ¿cómo vencer a estos horribles monstruos?

—Destrozando su núcleo. Toda célula posee un núcleo y un protoplasma. El núcleo es una especie de centro vital que rige todas las funciones de estos organismos sencillos. Si pudiésemos destruir el núcleo de este que intenta devorarnos, el peligro desaparecería inmediatamente. Por desgracia, el núcleo debe hallarse en el centro del planeta y nuestra astronave no ha sido construida para estos fines. Pero los hombres construirán aparatos especiales para penetrar en el protoplasma de estas células gigantes y llegar hasta el núcleo, destruyéndolo y matando la horripilante vida que contiene.

La impaciencia de Alan llegó a su límite de contención.

Creo que será mejor, profesor Thomason, que salgamos primero del brete donde nos hallamos. Si no salimos de aquí, todo lo que hemos hablado será agua de borrajas…

—No creo que sea tremendamente difícil salir de aquí. Vamos a empezar los preparativos. ¿Quiere usted hacer el favor, Alan, de encender todos los reflectores de la nave?

—En seguida, señor.

Abandonó el piloto la sala de mapas e instantes después un centenar de chorros de luz brotaban de la astronave.

Los tres sabios miraron hacia el exterior.

La negrura había dado a la observación y era fácil ver las paredes lechosas que le envolvían. Gruesas gotas, de un tamaño mayor que un tanque de los más grandes, se escurrían por la pared grisácea del fondo.

—¿Qué es eso? —preguntó Aller.

—Son los fermentos que el monstruo está lanzando contra nosotros. De igual manera que nuestro estómago produce ácidos para digerir los alimentos, atacándolos químicamente, la célula que es este planeta está segregando jugos en un vano intento de atacar el metal de la nave. Un misterioso instinto una especie de olfato que ni siquiera podemos concebir— le dice que dentro de la nave hay comida; por eso intenta destruir «la lata para comerse las sardinas»…

Sonrió Aller ante aquella curiosa comparación.

—¿Cree que los proyectiles atómicos romperán esa pared? —inquirió Limer.

—No los emplearemos hasta última instancia.

—¿Qué utilizaremos entonces?

—Vamos a lanzar unos chorros de rayos térmicos. Con tres mil grados creo que tendremos bastante para abrirnos paso.

Erik y Leo regresaban en aquel momento; el primero se acercó a los profesores.

—Ya está todo hecho, señor.

—Bien, Erik. Ve ahora junto al señor Black y dile que ponga en marcha el disparador térmico de proa. Que lo inmovilice y que le haga funcionar a tres mil grados.

—Bien, señor.

—Vamos a la cabina de observación —dijo Thomason cuando el robot desapareció—. Será una curiosa experiencia.

Ascendieron a la cúpula de la astronave y tomaron asiento en los cómodos sillones funcionales. Instantes después, una llamarada anaranjada surgía bajo ellos, desde la boca del «termogenerador» de la cabina del piloto. La llama creó un círculo de fuego sobre la pared.

No tuvieron que esperar mucho rato.

Como por ensalmo, las altas montañas grises que los rodeaban fueron perdiendo velozmente altura y a los pocos minutos, la luz del sol era nuevamente visible.

—¡Está deshaciendo la vacuola! —exclamó Thomason con entusiasmo—. ¡No le gusta el calor excesivo!

Pero Limer, el astrofísico, que creía que ya había durado bastante la horrible experiencia, se inclinó hacia su visófono más próximo y apretó uno de los botones.

—¡Alan!— exclamó en cuanto el rostro del piloto apareció en la iluminada pantalla—. ¡Lance la astronave al espacio!

—¡Con mucho gusto, señor! —repuso el joven.

Un leve rugido estremeció la «Estrella del Espacio». Poco después, el monstruoso planeta quedaba atrás, como una pesadilla que aquellos cuatro hombres no podrían olvidar jamás.

* * *

Dos días —dos días terrestres, que no tenían traducción alguna en tiempo cósmico— tardaron en alejarse de aquel Sistema.

Limer era partidario de realizar una nueva «curvatura», pero los otros tres, temerosos de que al alejarse indefinidamente del Sistema Solar, no pudiesen volver tan fácilmente como James decía, se opusieron rotundamente a dar otro salto, a un nuevo sector del universo.

—Tenemos muchos sistemas que visitar aquí— dijo Thomason —. Además, antes de abandonar esta parte del cielo, hemos de calcular la exacta situación de ese mundo monstruoso que acabamos de abandonar. Así, los futuros astronautas que vaguen por estas galaxias conocerán los peligros que pueden encontrar. Por otra parte, nos interesa saber si los Sistemas vecinos al que hemos visitado tienen su misma estructura o si se han contaminado de esa horrible forma de vida…

Alan abrió los ojos.

—¿Cómo? ¿Quiere usted que seamos nuevamente tragados?

—No. Será suficiente sobrevolar los planetas y repetir su interesante experiencia.

—¿Qué quiere decir?

—Que lanzaremos, valiéndonos de paracaídas y si observamos una idéntica estructura en el suelo de los mundos a visitar, un animal nos servirá de ensayo…

—Eso me parece mucho mejor, profesor. Yo creía que…

La voz neutra de un altavoz cortó la frase del piloto:
—¡Proximidad de campo gravitatorio!… ¡Proximidad de campo gravitatorio!
—Voy a la cabina.
Alan echó una ansiosa ojeada al mundo que tenía enfrente. Mucho más luminoso que el anterior y dotado de una atmósfera rica en nubes, no le causó la misma impresión que el «planeta vivo».
Pulsó el botón del visófono.
—¿Penetró en su atmósfera? —inquirió.
—Sí —repuso Limer, que era quien había acudido a la llamada del aparato.
Frenada la aceleración, la astronave no tardó en encontrar una órbita auxiliar, empezando a girar, cada vez a menor altura, alrededor del planeta.
En la cabina de observación, Thomason, con uno de los telescopios, examinaba el suelo de aquel nuevo mundo.
—¡Plantas! ¡Hay árboles y hierba!
Limer lanzó un suspiro de satisfacción.
—Una buena noticia, Simon. Creía que íbamos a tropezarnos con otra monstruosa célula…
—No; éste es un mundo normal, en el que sin duda alguna encontraremos vida, incluso humana.
—¡Ya era hora! Prefiero salvajes a un suelo dispuesto a comernos.
Era Alan, que acababa de llegar a la sala de observación después de conectar el piloto automático.
Se acercó al «plexi».
—¡Se me ensancha el corazón al volver a ver árboles! No son muy grandes, pero aunque se hubiese tratado de hierbas, me hubiese dado la misma alegría.
Thomason se volvió hacia los otros.
—¿Creen que podemos aterrizar? —inquirió.
—No veo ningún obstáculo —repuso Aller, el geólogo.
—De acuerdo —se sumó Limer—; pero, de todas maneras, no debemos intentar una salida mientras no hayamos analizado la composición de la atmósfera de este mundo. El que haya plantas verdes significa, sin duda alguna, la existencia de oxígeno y nitrógeno en forma semejante a la atmósfera terrestre. No obstante,

puede haber algún compuesto químico dañino para nuestro organismo.

—Me parece muy bien —concluyó Alan—. Enviaremos a Erik a hacer una descubierta.

Thomason le miró con una repentina curiosidad.

—Perdone, Alan; pero desearía hacerle una pregunta.

—Las que usted desee, profesor.

—Vengo observando que siempre es a Erik al que usted envía a misiones que, desde nuestro punto de vista, pueden ser peligrosas. ¿Puede darme una explicación a esa… llamémosla «preferencia»?

El piloto enrojeció, pero no dijo nada.

—No está obligado a contestar —dijo el biólogo—, si no lo desea.

Aquello sacudió el amor propio del joven.

—No creo que sea nada de que avergonzarse. Erik me es profundamente antipático.

Hubo risitas mal contenidas.

—Es sumamente curioso —dijo Limer—. Jamás se me hubiese ocurrido que un robot —una máquina— pudiese ser simpático o antipático para un ser humano.

—¿Cree usted que estoy loco, profesor Limer?

—No, amigo Alan, ni mucho menos; pero, por favor, no tome usted a mal nuestra mera curiosidad. ¿Desde cuándo empezó a sentir esa aversión hacia Erik?

—Desde que lo conocí.

—¿Sería usted capaz de profundizar un poco más en sus pensamientos?

—¿Qué quiere usted decir, profesor Limer? Francamente, no llego a entender su pregunta.

—Sólo deseaba que usted rebuscase en sus recuerdos para ver si podía darnos algún detalle sobre el origen de esa particular antipatía. ¿Dejó alguna vez de obedecerle Erik?

—No.

—¿Estropeó algún cálculo que usted le confió?

—No.

—¿Cometió algún error?

—No.

—¿Entonces?

—No lo sé, profesor. Ya le dije antes que era un sentimiento inexplicable para mí mismo.

—Está bien. Antes me dijo que esa «antipatía» nació en usted desde que lo conoció. ¿Está completamente seguro de ello?

Alan se mordió los labios.

—Tampoco puedo decírselo con exactitud, profesor. Haciendo un esfuerzo, puedo precisar que no hace mucho tiempo y ahora que recuerdo, mis «sentimientos» hacia Erik se produjeron, si bien lo recuerdo, después de la curvatura.

Limer sonrió y acercándose al piloto, le golpeó amistosamente en el hombro.

—No es la primera vez que esto ocurre, Alan. Se lo digo para su tranquilidad. Los hombres suelen extender sus sentimientos hasta las mismas máquinas. Muchos obreros sienten antipatía o simpatía por sus mismos instrumentos de trabajo; en el primero de los casos basta cambiarles de puesto, darles una nueva máquina y todo vuelve a su cauce.

Y después de una corta pausa.

—¿Quiere volver a la cabina, por favor? Todos preferimos hacer el aterrizaje dirigidos por usted. A pesar de esos árboles, hay que tener cuidado.

—Perfectamente, profesor.

Salió de la cabina de observación.

Limer se frotó las manos; pero la expresión de su rostro no tenía relación alguna con aquel gesto que debía interpretarse como regocijo.

Se volvió a los otros.

—No me gusta esto —dijo con un tono apagado en la voz—. Uno de nosotros ha de estudiar, lo más rápidamente posible, astronavegación práctica y pilotaje. Y siendo yo astrofísico, creo que tendré que asumir esa responsabilidad.

—¿Es grave? —inquirió Thomason.

—¿Grave? Alan Black está completamente loco.

CAPÍTULO V

l rostro de Thomason estaba apoyado en la placa transparente que envolvía totalmente la sala de observación. Oprimió el botón del visófono estableciendo comunicación con el piloto.

—Alan— dijo en voz baja, apenas perceptible.

—¿Qué, profesor?

—Puede aterrizar en aquel claro, a la izquierda.

—Perfectamente. Lo haré en seguida, señor.

En efecto, instantes más tarde, la astronave se posaba blandamente sobre su muelle tren de aterrizaje, formado por seis rayos-tensores que la mantenían desunida al suelo del planeta. Alan hizo que los rayos-tensores alcanzaran once metros de altura.

—Ya está, profesor.

—Muy bien.

Cortó la comunicación del visófono y volviéndose a los otros dos sabios:

—Vamos a tomar muestras de la atmósfera desde dentro.

—Me parece bien— opinó Aller.

Se dirigió Thomason a un aparato situado en la parte anterior de la cabina de observación y tras descubrir un teclado, como el de un minúsculo piano, empezó a pulsar las teclas a un ritmo acelerado.

De la parte inferior de la cabina surgieron largos brazos metálicos, dotados de ampollas de vidrio que se abrieron automáticamente en el exterior, tornando a replegarse a igual premura; luego, el aparato dejó oír un suave zumbido, indicando que funcionaba a pleno rendimiento y diez minutos más tarde, unas

tarjetas multicolores surgían por una ranura situada sobre el teclado.

Harry se apoderó de ellas y tras leerlas, las iba pasando a sus compañeros.

—Todo normal— comentó Limer—. Esta atmósfera es perfectamente respirable.

Aller lanzó una mirada al planeta.

—No se ve animal alguno.

—Saldré con Erik —intervino Thomason—. Siempre es una mayor seguridad, ya que lo armaré con un rifle ultrasónico.

—También bajaremos nosotros —repuso Aller— Hace tiempo que deseo estirar las piernas.

—No, Simon —dijo Limer—. Yo me quedo aquí. Después de lo de Alan, alguien debe permanecer al cuidado de la nave. No podemos confiar…

El ruido de los pasos del piloto en la escalerilla le hizo enmudecer. En efecto, Alan, sonriente y jovial, apareció en la sala de observación.

—¿Han visto qué cantidad de árboles?

—Sí. Ya hemos hecho, además, el análisis de la atmósfera, que ha dado resultados satisfactorios.

Thomason, hizo un guiño a Aller, que era quien había contestado al piloto. El sabio comprendió en seguida lo que su colega deseaba.

—¿Por qué no nos acompaña al exterior?

Alan sonrió.

—Si debo hablar francamente, no son ganas de salir lo que me sobra, después de la aventura del último planeta.

—Anímese, Black —insistió Aller—. El profesor Thomason viene también y nos haremos acompañar, para mayor seguridad, de un robot armado.

—¿Leo? —inquirió el piloto con un fruncimiento del entrecejo.

Los sabios se miraron rápidamente entre ellos.

—No. Erik nos acompañará. No se preocupe; no emplearemos a Leo para misiones peligrosas, al menos que sea necesario.

El rostro de Alan se iluminó.

Perfectamente. Les acompañaré; pero voy a coger mis pistolas térmicas. Voy más seguro con ellas.

Cuando hubo salido, dijo Thomason:

Es mejor que venga con nosotros. Así, usted, Limer, estará más tranquilo y nosotros también. Es joven y fuerte y si se empeñase en apoderarse de la astronave…

—¿Cree usted que lo haría? —inquirió Limer con un gesto de temor.

—Es una cosa que entra dentro de lo posible. Sabemos que ha perdido la razón o que la está perdiendo. De todos es conocida esa enfermedad que ha recibido el nombre de «locura cósmica». Sin duda alguna, nuestro piloto la padece; pero eso no quiere decir que esté ahora en una fase aguda que le lleve a atacarnos… mientras no nos crea sus enemigos.

—¿No le parece que está usted definiendo una «paranoia»?

—No. La paranoia es una forma del delirio de persecución; la locura cósmica se parece más a una depresión. El enfermo se siente diminuto, pequeño, microscópico, en medio del espacio. Y una sola cosa le domina, en la fase aguda de la enfermedad: huir de donde se encuentre y regresar a la Tierra, Aun así y cuando ha logrado volver a nuestro planeta, se esconde, manifestando una clara «espaciofobia». No quieren ver el cielo y permanecen en lugares cerrados, con las ventanas herméticamente cerradas.

—Es curioso.

—Sí, pero lo que nos interesa en estos momentos es el caso concreto de nuestro piloto. Mientras podamos, no permitiremos que permanezca solo en la astronave y el que se quede con él deberá, además de estar armado, desconectar los mandos durante la ausencia de los otros.

—Me parece la mejor medida.

Alan les avisó por el visófono que ya estaba dispuesto.

Salieron al exterior.

Erik se movía pesadamente junto a ellos, llevando en sus manos el rifle ultrasónico, modelo especialmente fabricado para la expedición.

El aspecto del terreno donde se encontraban era semejante a ciertas planicies africanas. Los árboles, en pequeños grupos y de anchas copas, aunque no muy altos, rompían la monotonía de un paisaje pelado, donde era imposible distinguir la menor brizna de hierba.

—El suelo es pobre —dijo el geólogo.

—Tiene usted razón. Ya veremos, cuando observemos los árboles, si corresponde a un tipo semi-estepario.

Alan intervino en la conversación,

—Desde luego —dijo—, ninguno de los dos planetas que hemos visitado hasta ahora son lo que se dice agradables; pero, de todas formas, prefiero éste.

Continuaron andando y charlando.

—Es extraño —dijo de repente Thomason—. Me parecía que esos árboles estaban más cerca. —Miró a su cronógrafo, añadiendo—: Llevamos cerca de quince minutos caminando.

Alter asintió con la cabeza.

—Yo ya no puedo más. He estado demasiado tiempo en la astronave y esta caminata me ha dejado sin aliento. Les esperaré aquí.

—¿Y para qué molestarse? —dijo Alan—. Podemos mandar a Erik para que nos traiga una rama de uno de esos árboles. ¿No sería suficiente para una primera observación, profesor Thomason?

—Sí, creo que sí.

Dio la orden al robot, que empezó a caminar hacia los árboles. Entonces, mientras los tres hombres seguían con la mirada a la máquina, ocurrió lo que nadie esperaba.

¡Era simplemente fantástico!

Con los ojos extraordinariamente abiertos y una expresión de asombro que ninguno de ellos se preocupó por simular, no dieron crédito a lo que estaban viendo.

¡Al aproximarse el robot, los árboles se habían movido!

Erik se detuvo un instante, incapaz de coordinar aquello y se volvió tímidamente hacia los hombres.

—¡Coge uno!— gritó Alan.

El robot se lanzó a una veloz carrera; pero, aunque pareciese imposible, los árboles también corrieron, rápidamente, desapareciendo, seguido por el hombre de hierro, tras un altozano vecino.

Tardaron los expedicionarios en recobrar sus espíritus.

—¡Es increíble! —exclamó Thomason.

—¡Caramba con el planeta tranquilo! —dijo Alan—. Está visto que hemos escogido el peor rincón del universo.

—Es mejor que volvamos —insinuó el geólogo.

—¿Regresar ahora? —inquirió el biólogo—. ¿Ha perdido usted la razón, amigo Simon? ¿No se da cuenta de la maravilla vegetal que hemos descubierto? ¡Plantas con movimiento!

—Es que…— intentó decir el otro.

—¡Regrese usted, si así lo desea! Yo voy detrás de Erik. No podemos permitirnos el lujo de perder un robot que ha costado doscientos mil dólares y, por otro lado, no regresaré hasta que no lo haga con uno de esos curiosos árboles.

Se volvió a Alan.

—¿Viene usted conmigo?

—Sí. Voy con usted.

El rostro del geólogo palideció un poco.

—Está bien —dijo con tono sombrío—. También iré yo.

Caminaron hacia el punto por el que había desaparecido el robot. Cuando hubieron terminado la ascensión de la pequeña colina, Alan, que iba a la cabeza, lanzó un grito de estupor.

Allá abajo, en un amplio valle, Erik estaba rodeado de cientos de árboles contra los que trataba de luchar inútilmente. El robot se debatía desesperadamente y por lo que Alan podía ver, había perdido en la refriega su rifle ultrasónico.

—¡Está, luchando contra esos árboles! —exclamó Alter—. Creo que debemos huir antes de que se percaten de nuestra presencia.

—Espere un momento —dijo Alan—. Voy a comunicarme con Erik.

Pulsó el «espaciófono» que llevaba en la cintura y que permitía la transmisión en toda clase de ambientes o elementos, incluso en carencia absoluta de fluido.

—¿Qué ocurre, Erik?

—¡No puedo defenderme, señor Alan! ¡Quieren que les explique a qué hemos venido y quiénes somos!

—Pero… ¿pueden hablar?

—Ellos me hablan y yo les entiendo. Utilizan un tipo de ondas que impresionan las fotocélulas de mis «ojos»:

Alan miró asombrado a los otros dos, que, como él, habían escuchado las fantásticas palabras del robot.

Thomason entornó los ojos.

—Lenguaje luminoso…—musitó en voz baja—. Debía haberlo

pensado. Esos árboles son seres inteligentes con los que podemos entrar en comunicación, sirviéndonos de Erik,

—¿Se ha vuelto usted loco? —inquirió Alter—. ¡Yo regreso ahora mismo a la astronave!

—¡Y nosotros también! —chilló Alan—. ¡Fíjese, Thomason! ¡Han hecho prisionero a Erik y ahora vienen a por nosotros!

Así era, en efecto.

Unas dos docenas de árboles se dirigían desesperadamente hacia los humanos, que, naturalmente, echaron a correr hacia la nave. Durante el trayecto, Alan se vio obligado a ayudar a Aller, que se ahogaba, no estando acostumbrado a aquellas lides.

Llegaron a la «Estrella del Espacio» con extraordinaria justeza. En el momento en que cerraban tras ellos la compuerta de cadmio-acero, las ramas de los árboles, como largas y sarmentosas manos, golpearon salvajemente la chapa que resonó lúgubremente.

* * *

Reunidos en la cámara de observación, los cuatro hombres contemplaron, no sin cierta inquietud, como iba aumentando el número de árboles que acudían a los alrededores de la astronave.

Parecía como si un bosque gigantesco estuviese surgiendo a ojos vistas, naciendo casi por generación espontánea, ante las miradas y los rostros perplejos de los humanos.

—¡Que me aspen si lo entiendo! —exclamó finalmente Alan—. ¡A esto sí que puede llamarse una repoblación forestal espontánea!

Limer le miró con severidad.

—No es cosa de broma, amigo. Erik ha desaparecido y puede sernos de una tremenda utilidad en el futuro…

—Ya lo sé; pero, por el momento, déjeme que grabe esta escena en la imaginación. El día que lo cuente en la Tierra, nadie me creerá.

Thomason se dio una ruidosa palmada en la frente.

—¡Gracias, Alan, amigo mío! Me acaba de recordar la posibilidad inmediata de hacer la más interesante película que he hecho en mi vida.

El piloto movió la cabeza de un lado para otro, mientras el biólogo corría a por una de las cámaras de cine.

—Afirmarían que hemos utilizado un truco cualquiera. Me apuesto lo que quieran a que el día que proyectemos esa película, la gente lo toma a risa.

—Es posible… —repuso Limer, profundamente abstraído.

Entretanto, la baraúnda exterior era tremenda y el número de árboles crecía de un instante a otro, Thomason empezó a filmar con entusiasmo infantil la fantástica escena.

—No me lo explico —iba diciendo en voz alta—. ¡Plantas dotadas de movimiento! ¿Cómo se alimentan entonces? Porque, por lo que veo, no tiene más que una especie de raíz, perfectamente visible en todas ellas.

—Yo veo varias raíces —dijo Alan—, y de considerable grosor.

—Tiene usted razón —replicó el biólogo—. Precisamente, según observo ahora, esas gruesas raíces les sirven de patas.

—Algunos tienen hasta ocho.

—Sí, es verdad; pero vuelvo a llamar su atención sobre esa más blanca y que mantienen replegada cuidadosamente como la cola de un animal.

—¡Es para volverse loco!

—Creo —interrumpió Aller— que puedo explicar este curioso fenómeno.

Se volvieron hacia él.

—El que las plantas puedan andar —siguió diciendo Aller— no puede ser debido más que a una pobreza tremenda de la tierra en la que viven. Es un simple fenómeno de adaptación al medio ambiente; una evolución que se ha impuesto en este planeta, por la sencilla razón de que esos vegetales son la única forma de vida existente.

—¿Es posible?

—Naturalmente. La pobreza de una tierra que les proporciona insuficientes alimentos empuja a los vegetales a desarrollar sus raíces, extendiéndolas más y más, en un ansia vital para buscar lo que necesitan para vivir. En este caso y debido a causas que no conocemos, estos vegetales se vieron obligados a iniciar movimientos más importantes. Poco a poco, a lo largo de siglos o de milenios, estos arbustos fueron aprendiendo a andar. Fue una labor tremendamente difícil, pero no imposible. Parte de sus raíces se convirtieron en verdaderos miembros, capaces no solamente de

moverse armónicamente, sino de soportar el peso y mantener el equilibrio, ya que en estos seres, las ramas y las hojas modifican el sentido del equilibrio tal y como lo concebimos en los animales.

»Fíjense, no obstante, en la distribución simétrica de las ramas y deducirán una adaptación inteligente hacia algo nuevo para ellos: el moverse.

—¡Es maravilloso! —no pudo por menos de exclamar Alan.

—Por otra parte —siguió diciendo Aller—, se ha de apuntar que en el momento que un ser vivo se nueve, todo cambia en él y se hace necesario un medio de comunicación, sea de la clase que sea. Desde el lenguaje antena de los insectos hasta la palabra del hombre, toda una extensa gama puede ser concebida. ¿Resultado? Perfectamente, estos seres, cuya constitución prohibía «a priori», una emisión de sonidos, han aprovechado la luz, que ellos sintetizan en sus hojas como cualquier vegetal de la Tierra, para comunicarse entre ellos.

—¡Pero usted llega a concederles un cerebro, una inteligencia!

—No llego a tanto, en el sentido humano de la palabra; pero… ¿por qué no?

—¡Porque es imposible!

—De acuerdo. No obstante, no me negarán que los vegetales poseen lo que se ha dado en llamar «tropismos». Coloquemos una planta en un lugar cerrado, después naturalmente de que se haya desarrollado. Si dejamos una sola ventana abierta, las hojas tenderán a acercarse a esa ventana, y el tallo se inclinará hacia la luz. De la misma manera podemos hacer que las raíces se dirijan hacia un terreno rico del que puedan extraer las sustancias que la planta necesita. En este caso —terminó—, estos vegetales han llegado al máximo de su desarrollo y la pobreza tremenda del planeta que habitan les obliga a vagar de un lado para otro, en busca del escaso alimento.

—¡Me da vueltas la cabeza! —confesó Alan.

Pero Aller no le hacía caso.

—Creo —agregó— que he encontrado el medio de hacer que nos devuelvan a Erik. ¡Llamad a Leo!

El piloto frunció el entrecejo.

—¿No irá usted a cambiarlo por el otro, profesor?

Los ojos de Aller brillaron de cólera y, sin poderse contener,

espetó:

—Escuche, Alan. Empezamos a creer que se pasa usted de la raya con esas absurdas ideas. Nadie piensa perder ninguno de los dos robots que poseemos.

Black guardó silencio. Comprendía que había ido demasiado lejos.

CAPÍTULO VI



l plan del profesor Aller era ciertamente curioso.

—Vamos —dijo— a proponer a esos seres vegetales un cambio. Podemos en un par de horas, fabricar gran cantidad de fosfatos en el laboratorio de la astronave. Cuando tengamos preparada esa sustancia, enviaremos a Leo con una muestra… para que la prueben.

—¿Cree usted que será de su agrado? —inquirió Thomason con un tono de burla en la voz.

—Naturalmente y eso lo sabe usted mejor que yo. En cuanto vean la posibilidad de alimentarse a su gusto, aunque no sea más que durante unas horas, nos entregarán a Erik. Con esa máquina no lograrán nada positivo.

—Pero —intervino Limer—, ¿por qué la han cogido entonces?

—Porque, a pesar de su atrasado lugar en la escala de los seres vivos, no dejan de poseer una cierta inteligencia.

—Comprendo.

Trabajaron con ardor en el laboratorio y Leo les ayudó con eficacia. Antes de que la noche llegase habían preparado diez sacos de fosfatos.

—Ya estamos en medida de realizar el primer tanteo…

Se volvió hacia Leo.

—Toma este saco y sal fuera. Ellos se comunicarán contigo con un lenguaje especial. Di que se trata de comida para ellos y que si nos devuelven a Erik tendrán mucho más. Llévate un rifle térmico y úsalo solamente si es estrictamente necesario.

—Sí, profesor.

Desde lo alto de la torre de observación, con un gesto ansioso en el rostro, vieron salir a Leo, que descendió por la escalerilla metálica.

Los árboles movibles se separaron un poco, en un claro gesto de duda, dejando un espacio abierto al hombre-máquina que siguió avanzando con toda tranquilidad hacia ellos.

Se detuvo repentinamente y tendió el saco que llevaba en su potente mano derecha; la izquierda empuñaba el corto rifle térmico.

Desde lo alto de la astronave, los humanos vieron como las células fotoeléctricas del robot sus hermosos ojos verdes, como solía decir Alan —parpadeaban intensamente. No podía caber la menor duda de que se había establecido, entre el robot y los seres vegetales, el fantástico lenguaje luminoso.

Pasaron unos minutos de expectación creciente.

Bruscamente, uno de los árboles, que parecía ser el de mayor tamaño, se acercó al robot y éste, como si acabase de recibir instrucciones de aquel ser con hojas, dejó caer el contenido del saco en el suelo, formándose un montón blancuzco de fosfatos.

Avanzando con sus gruesas raíces-patas, el árbol se colocó sobre el montón de fosfatos y su raíz blanca, que llevaba enrollada como el rabo de un animal, se extendió, como una trompa, posándose sobre el alimento.

Era tan tremendamente increíble, que los humanos permanecieron con la boca entreabierta y los ojos fuera de las órbitas…

Una porción de fosfatos desapareció rápidamente. Luego, el árbol, sin que la presencia del menor viento se acusase, movió vivamente la copa de sus hojas verdes y todos se precipitaron hacia el alimento, hundiendo en él sus blancas raíces enrollables.

El saco de fosfatos desapareció como por encanto.

Inmediatamente después, un grupo de árboles corrió, a una velocidad de vértigo, hacia las lejanas colinas, tras las que desaparecieron en seguida.

Aller lanzó un profundo suspiro.

—Creo que hemos acertado —dijo.

—Sí —repuso Thomason—; pero, por otra parte, pienso en lo horroroso que hubiese sido si esos vegetales nos hubieran hecho

prisioneros. ¿Pueden imaginarse una de esas repugnantes «trompas-raíces» hundidas en nuestro cuerpo, succionando las sustancias aprovechables para la vida de esos seres?

Alan se estremeció de pies a cabeza.

—¡No diga esas cosas, profesor!

—Hubiese sido una realidad alucinante —apoyó Limer—. Thomason tiene toda la razón y es el hambre, la palanca de la ley de la conservación individual, y la que mueve a todos los seres del universo. Éstos hubieran encontrado en nuestros organismos un bocado para calmar el legendario apetito que padecen. Porque están condenados a morir, más tarde o más temprano y éste será uno de los mundos vacíos que encontrarán los futuros astronautas.

—¡Mire, profesor! ¡Ya vuelven con Erik!

Alan no se había equivocado.

El grupo de árboles regresaba con el robot, pero éste no estaba completamente libre. Muchas de las ramas, las más gruesas, lo tenían cogido por los brazos y el tronco.

—¡No se fían! —exclamó asombrado el piloto.

Thomason sonrió.

—¿Y qué ser vivo lo haría cuando se le ofrece comida? Hasta que no vean los sacos no liberarán a Erik.

Así ocurrió en efecto y cuando la grúa de babor dejó los sacos, en un gran montón, junto a la astronave los árboles deshicieron los lazos que sujetaban a Erik éste, acompañado de Leo, subió a la nave.

Alan no pudo ocultar su alegría.

—¿Nos vamos? —inquirió con impaciencia.

—Ahora mismo— repuso Aller.

El piloto se precipitó a la cabina y preparó el despegue en un santiamén. La nave, impulsada por sus potentes reactores atómicos, rugió —a Alan le pareció que lo hacía expresando su alegría— saltando inmediatamente al espacio.

¡Otra vez libres!

* * *

El acuerdo fue general. Deseaban descansar un poco e ir preparando, si lo juzgaban necesario, una nueva «curvatura».

Habían ya olvidado los sinsabores pasados y la curiosidad les empujaba a conocer nuevos rincones del universo.

Mientras los sabios estudiaban los mapas cósmicos, Alan pasaba la mayor parte del tiempo distraído con muchas cosas, secundarias pero importantes, que no podían descuidarse, ya que de ellas dependía la seguridad ulterior de la astronave.

Repasó el cerebro electrónico de la cabina, las conexiones y cables que, por cientos de miles, ofrecían, de vez en cuando, su cajita de control.

Controló las provisiones, de las que estableció un nuevo balance. Y recorrió las dependencias del piso inferior con un poderoso contador Geiger en la mano, de manera a establecer la pureza de la radiactividad que podía desprenderse del reactor.

Todo iba perfectamente a bordo.

Mucho tiempo después, cuando Alan repasó detenidamente los acontecimientos de aquella fecha en que ocurrió lo que nadie podía imaginar ni prever, tampoco llegó a explicar nada; absolutamente nada.

Porque hay cosas que ninguna explicación satisface.

Aquel día, si podía llamarse día a la noche eterna del espacio, Alan acababa de levantarse y se dirigía a su cabina, mientras todos los profesores descansaban aún. Salió de su cabina particular, situada la última, hacia la proa, en el piso superior de la astronave.

Encendió un cigarrillo, pensando que lo mejor a hacer en aquel momento era tomarse una taza de café bien cargado. Y marchó hacia la cocina, situada junto a la cámara de provisiones.

Acababa apenas de abandonar el ascensor cuando una voz metálica lo llamó a su espalda.

—¡Señor Alan!

El piloto se sobresaltó y cuando, al volverse, vio a Erik en la puerta de la cámara de los robots, que era al mismo tiempo el depósito de armas y municiones, no creyó, en absoluto, lo que acababan de percibir sus oídos.

Porque ningún robot PUEDE DIRIGIRSE a un ser humano si éste no se dirige primero al hombre-máquina.

Tardó algún tiempo en reaccionar.

—¿Me has llamado, Erik? —dijo en fin con voz no muy segura.

—Sí. Le he llamado, señor Black.

No cabía la menor duda.

Alan se pasó la mano por la frente, no extrañándose de encontrar allí, sobre la piel, una capa de sudor frío.

Miró al robot.

Las células fotoeléctricas de Erik brillaban —¿era posible?— burlonamente, como si la maquina se percatase del estado anímico del hombre.

—¿Qué quieres? —inquirió Alan, forzándose a sonreír, aunque le costó un verdadero esfuerzo.

—USTED ME ODIA, señor Black.

Alan tuvo que apoyarse en la pared. Aquello empezaba a parecerse a una horrible pesadilla, la más espantosa que jamás hubiera conocido.

—¿Qué…? —balbuceó.

—He dicho que usted me odia y es verdad.

—¿Yo? ¿Odiarte? ¿Por qué, Erik?

—Usted me odia, Alan y eso puede ser muy malo para usted.

Giró sobre sus metálicos talones y desapareció tras la puerta del departamento donde, sin ninguna duda, debía estar Leo.

Alan permaneció como clavado en el suelo. Seguía allí, veinte minutos después, luchando con angustia creciente que le embargaba. Por muchos esfuerzos que hacía, a pesar de cuanto intentaba por esclarecer aquel complicado problema, nada claro resultaba…

Porque, por encima de todo, aparte de su terror, de su asombro y de todo lo que su alma repugnaba creer, estaba, como una realidad imponente, el QUE EL ROBOT LE HABÍA HABLADO; se había dirigido a él, rompiendo la ley fundamental de la Cibernética:

«NINGUNA MÁQUINA PUEDE TOMAR INICIATIVAS INTELIGENTES DE NINGUNA CLASE HACIA UN SER HUMANO.»

Sí, un robot puede reaccionar ante un peligro, modificar una reacción; pero… enfrentarse con un humano y manifestarle sentimientos anímicos…

¡Era para volverse loco!

Se olvidó del café y buscó en una de las alacenas una botella de whisky que abrió y bebió, en gran parte, mecánicamente. Luego, con el mismo gesto de extrañeza que se pintaba en su rostro, regresó a su cabina.

Permaneció allí toda la mañana…

Dio vueltas al asunto y, finalmente, llegó a la conclusión de que no había más que una manera de acabar con aquella horripilante pesadilla. ¡Desmontar a Erik!

Ahora no le extrañaba la inexplicable aversión que había sentido hacia aquella máquina. Todo le parecía lógico menos el que el propio robot se hubiese percatado de la intimidad de sus sentimientos.

Haciendo un esfuerzo por parecer tranquilo, se dirigió hacia la sala de mapas, donde encontró a los profesores enzarzados en una de las complicadas e inacabables discusiones científicas.

—Buenos días— saludó.

Y después de una corta pausa.

—¿Hay algo nuevo?

—Nada por el momento, Alan —repuso Limer.

—¿Hacia dónde nos dirigimos?

—Estamos acercándonos al final de este Sistema de vida vegetal móvil. Prepararemos pronto la próxima «curvatura».

—Perfectamente.

Se dedicó a leer algunos libros mientras los sabios continuaban su conversación; luego, media hora más tarde, la suerte le favoreció, ya que el geólogo y el astrofísico salieron de la sala de mapas, quedando solamente en ella el biólogo Harry Thomason.

Alan deseaba hablar con él, ya que Harry era, además de un eminente biólogo, un cibernético notable y el que más entendía, de todos los miembros de la expedición, de robots y máquinas electrónicas.

—Profesor Thomason…

Levantó el otro el rostro del libro que leía atentamente.

—¿Qué hay, amigo Alan?

—Deseaba preguntarle una cosa; mera curiosidad —añadió prestamente.

—Siéntese, Alan y pregunte cuantas cosas desee…

—Muchas gracias. He estado leyendo algunas cosas en un tratado de Cibernética y se me ha despertado la curiosidad.

—He visto que Leo y Erik pertenecen al más alto grado, al último tipo de robots.

—En efecto, ambos son H-16; la letra «H» significa un tipo de

humanoides.

—Ya lo sé. Una cosa, profesor: ¿pueden los robots plantear, por sí mismos, problemas a los humanos?

—No le entiendo, Alan.

—Voy a ver si me puedo explicar. ¿Son capaces los robots de sentir?

—Indudablemente, si se refiere usted a los que denominamos reflejos electrónicos.

—Eso ya lo sé; pero me refería a sentimientos de amistad o enemistad.

Thomason miró intensamente al piloto.

—No, Alan —dijo lentamente, silabeando casi—. Los robots no pueden experimentar un sentimiento humano.

—¡Ya lo decía yo! —exclamó el otro.

Harry se tranquilizó un tanto.

—Otra pregunta, profesor.

—Venga.

—¿No tienen los H-16 un mecanismo primordial, sin el que no pueden funcionar?

—Sí. Lo tienen en la espalda y es una minúscula cajita que, en el exterior, está marcada con el número 13. No es más que un sencillo interruptor electrónico que separa, al ser quitado, el reactor atómico del resto del mecanismo. Ya sabe usted que los robots de ese tipo se alimentan de electrones, en tremenda cantidad, que le son suministrados por la escisión de plutonio y que el reactor posee una lámina de grafito, llamada «esponja», que evita que los neutrones y, además, y esto es lo más importante, las mortíferas partículas «alfa», la más peligrosa porción de la radiactividad, perjudiquen.

—¡Es sumamente interesante!

—Sí. La Cibernética (o ciencia de los robots) es verdaderamente apasionante.

—Le agradezco mucho sus explicaciones, profesor.

—No tiene importancia, Alan. Ahora, si me lo permite, desearía ser yo quien le hiciese unas preguntas.

—Con mucho gusto, profesor.

—¿Por qué se ha metido usted en la cabeza que los robots pueden sentir simpatía o antipatía hacia un ser humano?

—No es una cosa que me preocupe ahora, profesor —disimuló Alan—. Si le he hecho esas preguntas, ha sido para convencerme de que estaba completamente equivocado y que mi aversión hacia Erik no era más que una ilusión mía. Quizás el cansancio o la fatiga de estar aquí me haya hecho llegar a esa absurda conclusión que deseaba que usted me esclareciese.

El rostro de Thomason se iluminó con una franca sonrisa.

—Me ha dado usted una buena noticia, Alan.

—Me alegro que así sea, profesor.

Harry le vio alejarse y se sintió sumamente contento de que Alan, que era uno de los mejores pilotos que habían salido de la Escuela Astronáutica de Marte, hubiese dejado de pensar en cosas raras.

Estaba muy equivocado.

CAPÍTULO VII

quella noche, cuando los profesores se encerraron en sus respectivas cabinas, después de una cena común, cuya nota general fue el optimismo y la hipótesis sobre la galaxia próxima, que se disponían a visitar, Alan, tras comprobar que el silencio reinaba en la astronave, se dispuso a llevar a cabo su plan.

Lo había madurado y sopesado detenidamente durante todo aquel día. Y, a pesar de algunos contratiempos que encontró y de las explicaciones que tendría que dar a los profesores, su decisión era inquebrantable.

¡Desmontaría a Erik!

Sus sentimientos hacia el robot habían variado bastante. Desde la ligera antipatía que siempre había experimentado hacia la máquina, su espíritu le había llevado a odiarle verdaderamente; pero, por encima de aquel odio, había algo más que se había insinuado lentamente en el corazón de Alan.

EL MIEDO.

Alan no era cobarde; no, no había sido nunca y jamás un semejante suyo pudo vanagloriarse de amedrentarlo. Y, sin embargo, el piloto había conocido a gentes de toda clase y condición; pero, ante una máquina, delante de algo cuya esencia desconocía y cuyas reacciones no podía prever, Black experimentó, por vez primera, aquel terror que iba adueñándose de él.

Cogió su pistola ultra-térmica, dispuesto a destruir la máquina ante la menor sospecha de agresión y salió silenciosamente de su cabina, caminando mesuradamente hasta los ascensores. Por fortuna, el mecanismo de éstos era completamente silencioso y al

utilizarlos no debía temer despertar a los sabios.

Al encontrarse en el piso inferior, junto al departamento de los robots, dudó un poco. Por primera vez, desde aquella mañana, consideró lo absurdo de su plan y hasta llegó a creer que todo cuanto había ocurrido no era sino producto de su imaginación; pero el recuerdo de las palabras pronunciadas por Erik era tan intenso, que no necesitó hacer esfuerzo alguno para seguir en sus trece.

—¡Erik!

Oyó, con emoción los pasos del robot que se acercaba. Se abrió la puerta silenciosamente y el hombre-máquina avanzó hacia él.

Alan mantenía la pistola en la mano izquierda, bien visible para que el robot se percatase del peligro. Ignoraba si una máquina poseía el instinto de autoconservación, pero creía que sí, ya que Erik se había defendido recientemente contra la agresión de los «árboles andadores».

—¡Vuélvete de espaldas!

El robot obedeció mansamente.

Sujetando la pistola con mano trémula, Alan extendió la diestra hacia la minúscula argolla que se veía junto a aquel número 13 pintado al cadmio sobre la espalda del hombre-máquina.

Un simple tirón y todo habría acabado.

Metió el índice en la argolla.

Una descarga eléctrica le sacudió violentamente el cuerpo. Antes de que pudiese reaccionar y cuando ya había separado la mano de la espalda de Erik, éste se había vuelto y le arrancó el arma de un brutal tirón.

Black se le quedó mirando con los ojos extraordinariamente abiertos.

—¿Qué… significa… esto? —balbució.

Las células fotoeléctricas brillaron intensamente y a Alan le pareció que había cólera en aquella luminosidad…

—Leo colocó una derivación de defensa en mi espalda— dijo la voz metálica de Erik—. No debió usted hacer eso, señor Alan.

Le apuntaba con la pistola que le acababa de quitar.

El piloto se puso blanco como el papel.

—No vas… a matarme, ¿verdad, Erik?

Tardó el hombre-máquina algunos instantes en contestar.

—Lo haría con mucho gusto —dijo fríamente—: pero «ELLOS»

no lo quieren. «ELLOS» mandan…

La cabeza le daba vueltas a Alan.

—¿«Ellos»? ¿Quiénes son, Erik?

—No importa… ¡Vamos!

La pistola se movió con un gesto amenazador.

—¿A dónde me llevas?

—A la cámara de provisiones. Tengo que encerrarle…

A pesar de estar amenazado, el piloto se sintió ultrajado como nunca lo había sido en su vida.

—¿Que vas a encerrarme? ¿Tú, asquerosa máquina?

—No me haga oprimir el gatillo, señor Alan.

Con los puños apretados y no sabiendo si dejarse arrastrar por la rabia o por la prudencia, Black se volvió de espaldas, caminando hacia la cámara de provisiones.

Afortunadamente y en cuanto los profesores se percataran de su desaparición le pondrían inmediatamente en libertad.

¡Y entonces exigiría la destrucción de aquel asqueroso robot! ¡Aunque tuviera que amenazar a los sabios para lograrlo!

La puerta se cerró cuando Alan hubo entrado en aquella estancia y oyó el peso de la llave magnética que le impediría escaparse.

Sintió ganas de llorar de rabia, pero se dominó. Una idea le dominaba por encima de todo.

¿Qué quiso decir Erik cuando habló de «ellos»?

¿Quiénes podrían ser «ellos»?

Se percató de la imposibilidad de contestar a aquella alucinante pregunta…

* * *

—¿Han visto ustedes al piloto?

—No. No ha debido de levantarse todavía.

—Es extraño; siempre lo hace el primero.

Thomason enarcó las cejas.

—Quiero aprovechar esta ocasión para contarles algo que la presencia de nuestro piloto me había impedido hacer hasta ahora.

Les relató detalladamente, la conversación que el día antes había tenido con Black.

Los otros dos le escucharon con la mayor atención.

—¡Es fantástico! —opinó Limer.
—¡Inconcebible! —corroboró Aller.
—Todo lo que ustedes quieran, pero no es más que la realidad. Alan está atravesando una grave crisis de locura cósmica y veo una difícil solución, al menos por el momento, hasta que regresemos a la Tierra o a Marte.
—Hemos tenido mala suerte.
—Así ha sido, verdaderamente.
—No creo —intervino Aller— que debamos perder el tiempo en inútiles lamentaciones. Las medidas urgentes son las que se imponen. Es indudable que, cuando una mente humana llega a concebir la existencia de sentimientos en un robot, no se halla, ni mucho menos, en estado normal. Todos sabemos que un robot es incapaz de «sentir», en el sentido espiritual que damos a esa palabra.
—¡Es indudable!
—¡Perfectamente de acuerdo!
—Que la locura cósmica de nuestro desdichado amigo ha ido agravándose es una cosa que ninguno de nosotros puede refutar. Debemos, por lo tanto, tomar medidas.
—¿Cuáles?
—Las que se derivan lógicamente del estado de Alan Su peligrosidad va en aumento y no podemos permitirnos el lujo de mantener un estado de alama en la astronave. Bastante tendremos con los inherentes a nuestra expedición.
—Creo que debemos obrar inmediatamente.
—Sí, pero… ¿cómo?
—Encerrando a Alan.
—¿Encerrándolo? ¿Dónde?
—En su propia cabina.
Hubo un corto silencio, luego, Thomason, con voz entrecortada por la emoción:
—Es lo mejor —dijo—. Debemos encerrar a Alan.
Una voz metálica sonó, en aquel momento, en la puerta de la sala de mapas.
—YA ESTÁ HECHO, PROFESOR. ALAN BLACK ESTÁ ENCERRADO…
Si una bomba hubiese estallado allí, la reacción de los sabios

hubiera sido menor.

Se pusieron en pie, con las miradas clavadas en el dintel de la puerta.

Erik les miraba con sus ojos fotoeléctricos.

Aller fue el primero en reaccionar. Y naturalmente lo hizo de una manera normal, pero que no dejaba de ser pueril.

—¿Quién te ha llamado, Erik? ¿Qué es eso de que el señor Black está encerrado?

Se dio cuenta de la enormidad que estaba haciendo y se mordió los labios.

¡Discutir con un hombre-máquina!

—¡Vete, Erik! —rugió rabiosamente, y herido profundamente por la ridícula situación en la que se había colocado ante sus compañeros.

El robot movió negativamente la cabeza.

—VOY A ENCERRARLES A USTEDES TAMBIÉN…

Sólo entonces pudieron percatarse los cerebros de aquellos hombres que Alan —el loco cósmico— tenía toda la razón.

Se miraron los unos a los otros, mudos de espanto.

—¿Nos estaremos volviendo todos locos? —inquirió Aller.

Thomason movió la cabeza de un lado para otro.

—Alan tenía razón; he ahí la prueba —añadió señalando al robot.

—¡Pero es imposible! —protestó Limer—. ¡Debe tratarse de una alucinación colectiva!

—¡Déjese de bobadas, James! ¡Fíjese en Erik!

No se habían percatado hasta aquel instante, pero la pistola que empuñaba el robot era la evidencia misma.

—¡Nos está amenazando!

Erik avanzó unos pasos.

—Síganme, profesores. Y no opongan ninguna resistencia.

Le obedecieron, presos de un indecible pánico.

Los condujo a la cabina de Thomason en la que les encerró a todos. La llave magnética aseguró la entrada de la habitación.

Todavía sin poder hablar, tal era la emoción que les embargaba, siguieron con atención los pasos del robot que se alejaba.

—¡Esto acabará conmigo!— dijo Limer.

Nadie le contestó.

* * *

Durante todas las largas e incontables horas que Alan permaneció encerrado en la sala de provisiones tuvo tiempo de pensar y repensar en cuanto hubiera podido ocurrir en la astronave. Decididamente, ninguno de los tres profesores habían acudido en su ayuda, lo que le sumía en un mar de confusiones.

Luego, más tarde, cuando revivió en su memoria las conversaciones que había tenido con los sabios, le pareció hallar una respuesta, nada agradable, a su actual situación.

¡Le creían loco!

Aquellos estúpidos, demasiados inteligentes para muchas cosas, se habían dejado engañar y estaban plenamente convencidos de que él, Alan, padecía la terrible locura cósmica.

Black cerró los puños con fuerza.

De haberlos tenido entonces a su alcance, los hubiese hecho pedazos, sin poder contener su cólera, que le quemaba como un hierro candente.

¡Los muy necios!

Convencidos de la infabilidad aparente de la Cibernética, que para él era una ciencia sumamente peligrosa, no habían pensado en que una anormalidad del funcionamiento —cuyo origen no podía preverse

—Se había producido en el cerebro electrónico de Erik. No, no habían preferido culparle a él, justificando su «ignorancia de sabios» con la locura cósmica.

Llegó después a la conclusión de que cuanto más furioso se mostrase, más se aferrarían los sabios a su errónea convicción.

«He de tranquilizarme —se dijo—, aunque tenga que hacer esfuerzos sobrehumanos para lograrlo. Sólo así lograré convencer a esos estúpidos de que estoy en mi sano juicio.»

Una hora más tarde oyó pasos al otro lado de la puerta y una nueva esperanza renació en su corazón; pero, cuando después de oír la cerradura magnética que se abría y vio aparecer el rostro metálico e inexpresivo de Erik, su furia creció instantáneamente.

La presencia de Leo, que seguía al otro robot, le tranquilizó un tanto, sin poderse explicar concretamente por qué.

Erik pasó indiferente junto a él, mientras Leo, con pistola ultrasónica le apuntaba firmemente.

Pero, a pesar de la amenaza de la pistola, Alan se acercó al segundo robot. Como de costumbre, al mirar a las células fotoeléctricas de los ojos del hombre mecánico, el tranquilo color verde le serenó por completo.

Volvió el rostro hacia Erik que llenaba un saco de provisiones y aprovechando la distracción de aquél, dijo en voz baja, al otro, que estaba a su lado:

—¿Qué ocurre, Leo?

—No te muevas, Alan —repuso el robot o tendré que disparar… aunque me pese.

El piloto se estremeció, pero firme en su propósito:

—No me moveré, Leo, te lo prometo. Pero, por favor, dime lo que pasa.

Leo señaló, con un vago gesto, a Erik.

—Él es el dueño, Alan. «ELLOS» lo han ordenado así.

—¿Ellos? ¿Los profesores?

—No. Los profesores están encerrados como tú, en sus cabinas.

Aquélla era la sola respuesta que jamás hubiese esperado. Al pensar que el robot se había adueñado de la nave, estuvo a punto de gritar histéricamente.

—Pero… —balbució—. ¿Qué es lo que ha pasado?

—« ELLOS» —lo ordenaron— repitió Leo obstinadamente.

—¿Quiénes son, Leo? ¡Dímelo, te lo suplico!

—No lo sé, Alan. Sólo Erik lo sabe.

Un ligero ruido, a sus espaldas, le hizo volverse rápidamente.

Erik le miraba con sus ojos rojizos.

—Tú me odias, Alan… PERO YO TAMBIÉN TE ODIO.

El piloto se hizo a un lado, no sin cierto temor.

—Vamos, Leo —ordenó Erik.

El robot lanzó una mirada a Alan y siguió al otro, sin que ningún sonido brotase de la membrana magnetofónica que asomaba a la hendidura que le servía de boca.

Cuando horas más tarde, Alan no supo nunca cuántas, volvieron los robots, no se dirigió a Leo y dejó que Erik se apoderase de una de las esferas de la cámara del fondo; de un «space center».

Sólo cuando se fueron, Alan pudo reaccionar y un sudor helado

perló su frente, tan confusas eran, hasta entonces, sus ideas. Pero ahora, convencido de que Leo había dicho la verdad y de que las provisiones que vinieron a buscar estaban destinadas a los prisioneros sabios, comprendió que Erik era el amo a bordo y de que al coger un «space center» no deseaba más que realizar una nueva «curvatura».

CAPÍTULO VIII

l día siguiente, según los cálculos aproximados de Alan, Erik y Leo tornaron a aparecer, Leo armado con la misma pistola.

—Ven Alan— ordenó Erik.

El piloto, escoltado por Leo armado de la pistola, siguió al robot. Cuando el ascensor les dejó en la planta superior de la astronave, el piloto miró ansiosamente alrededor suyo, con la esperanza de ver a los sabios.

Pero tanto la sala de mapas como la de observación, según puedo comprobar al pasar junto a la escalerilla, estaban completamente desiertas.

—Pasa —y Erik se hizo a un lado, junto a la puerta de la cabina de pilotaje.

Nada más entrar, Alan vio, a través del parabrisas, el mundo al que se acercaban velozmente. Le causó extrañeza el aspecto negruzco de aquel globo pétreo, que flotaba en el espacio, ante ellos.

Un sol lejano, apenas del tamaño de una pelota de golf, brillaba débilmente en la lejanía.

Se volvió hacia Erik.

—¿Para qué me has traído aquí?

El brazo del robot señaló el planeta; su mano multidactilar no dejó más que un dedo metálico extendido.

—Quiero que hagas un aterrizaje ahí.

—¿Y si no quiero hacerlo?

Lanzó un grito agudo.

Conocía la naturaleza metálica de los múltiples dedos de los robots, pero aquélla era la primera vez en su vida que experimentaba la «caricia» de la mano de una máquina.

Le pareció como si el interior del brazo le ardiese.

—¿Obedecerás? —dijo la voz metálica de Erik.

—Está bien; tú ganas.

La nave había penetrado en el espacio atmosférico del planeta, pero Alan no vio muestra alguna de nubes, lo que le hizo colegir que allí no había aire.

Empezó a hacer que la «Estrella del Espacio» planease suavemente; luego, sin volverse, inquirió:

—¿Dónde?

—Al otro lado de aquellas montañas.

Alan obedeció, preguntándose dónde les llevaría aquella fantástica aventura.

Nada más pasar la montaña lo comprendió inmediatamente.

Una inmensa ciudad, diez veces mayor que Nueva York, se extendía indefinidamente a sus pies. Los edificios no eran tan altos como los de la metrópoli de Estados Unidos, pero la extensión de aquella urbe sobrepasaba todo lo que un ser humano podía concebir.

—¿Dónde? —volvió a inquirir.

—Sigue hacia aquel edificio alto, de color gris. Al otro lado se encuentra el espaciódromo.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó el piloto, sin poder detener su curiosidad—. ¡No has estado nunca aquí!

Por una sola vez, Erik contestó con cierta amabilidad.

—Son «ELLOS» los que me van dando instrucciones.

Otra vez «ellos». Indudablemente algo debía haber detrás de aquella inesperada rebelión del hombre mecánico.

Erik no se había equivocado y detrás del edificio gris Alan halló un espaciódromo como jamás se hubiese atrevido a soñar. Infinidad de naves yacían en muchas pistas, en un estado de abandono horrible. Y el piloto se preguntó el motivo de aquella desidia que no podía explicarse.

Pero, requerido por la realidad, hizo que la astronave se posase en la pista que acababa de señalarle, con aquellos metálicos dedos, Erik,

La «Star of Space» se detuvo definitivamente.

—Ven —ordenó el robot.

Alan se sorprendió al comprobar que no tomaban el ascensor, ya que se dirigieron hacia las cabinas del segundo piso. Erik abrió una de ellas e invitó al humano a que pasase al interior.

Los profesores estaban allí.

—¡Señor Alan!

Se acercaron a él como si fuese el mensajero de la libertad.

Pero Alan, súbitamente divertido por aquella oportunidad que se presentaba y que no quería desaprovechar de ningún modo, retrocedió un paso y les detuvo con un gesto de su mano.

—¡No se acerquen, señores! ¡Soy un poseso! ¡Padezco la locura cósmica!

La expresión de los rostros de los sabios le hizo reír a carcajadas; ellos también terminaron por sonreír; luego, cuando hubieron estrechado su mano, Thomason tomó la palabra.

—Mil perdones, querido amigo; pero, compréndanos: nunca se nos hubiese ocurrido que Erik fuese capaz de razonar e imponer sus leyes.

—Y no se equivocaban, queridos profesores. Erik es incapaz de hacer nada de lo que ustedes le acusan.

Le miraron con asombro.

—¿Cómo?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Que Erik es un robot normal?

—Eso es, profesor Limer. Erik es un robot de lo más normal que puede existir. Idéntico a Leo, pero solamente diferente a éste, en que él ha sido el elegido.

—¿El qué?

—El elegido; eso es lo que he dicho. Erik ha sido elegido para hacer que nuestra astronave llegase hasta aquí.

—¿Y quién puede haber ordenado a Erik tal cosa?

—Sí, eso es —insistió Aller—. ¿Quién, y sobre todo, cómo?

—Sólo puedo contestar, a medias, la segunda pregunta del profesor Aller. «Ellos», a los que no conocemos aún, se han servido de una cierta clase de ondas, capaces de atravesar el espacio y llegar al cerebro electrónico de Erik.

—¡Es formidable! Sean quienes sean, deben conocer cosas

verdaderamente asombrosas. Porque ninguno de ustedes puede olvidar que cuando la rebelión de Erik se produjo, estábamos a varios años luz de este mundo.

—¿Y eso qué quiere decir? —inquirió Alan.

—Pues algo sencillo y a la vez tremendo —repuso Thomason—. La luz es el vehículo más rápido que existe y, SIN EMBARGO, ELLOS HAN LOGRADO LANZAR ONDAS MÁS RÁPIDAS. ¿Se puede entender tal cosa?

—No creo que debamos rompemos la cabeza —comentó Alan—. Muy pronto saldremos de dudas.

Nunca había dicho una verdad tan grande.

La puerta se abrió y Erik, seguido de Leo, eternamente armado con su pistola, aparecieron en el umbral.

—Vengan todos —dijo Erik.

Se miraron entre sí y fue Alan quien les decidió a obedecer.

—No teman nada, al menos por el momento.

Salieron, siendo escoltados por Leo, que se colocó a retaguardia.

Una vez fuera de la astronave, los sabios miraron con curiosidad y asombro a cuanto les rodeaba.

Se habían colocado, por orden de Erik, los trajes espaciales, ya que no existía atmósfera; pero la gravedad era semejante a la de la Tierra y se movían con la misma soltura que lo hubieran hecho en su astro de origen.

Thomason fue el primero en mostrar su asombro.

—¡Qué ciudad! —exclamó, sirviéndose del transmisor individual que cada uno llevaba adaptado al traje del espacio—. Ninguna de las nuestras puede compararse con ésta. ¿Cuántos habitantes puede tener una urbe así?

—Unos treinta millones —repuso Aller.

—¡Es fantástico! —corroboró Limer.

Alan, mucho más práctico, sonrió antes de decir:

—Yo no sé, en verdad, cuántos millones de habitantes pueden vivir aquí; pero, por el momento, todo esto me parece completamente desierto.

Así era, en efecto.

Acababan de salir del espaciódromo y desembocado en la más amplia avenida que ojos humanos habían contemplado nunca. La anchura era imponente y la amplitud de las aceras —todas ellas con

movimiento— así como la de las calzadas, despertó la general admiración de los forzados visitantes terrícolas.

Pero como contrapunto a tanta magnificencia la avenida estaba completamente desierta y se veían los lugares donde debían haber estado los árboles tiempo atrás y que no eran más que montones de tierra negruzca.

—¡Qué desolación! —exclamó Alan sinceramente conmovido.

—Ha debido de acontecer una gran catástrofe en este mundo —dijo Thomason sentenciosamente— Es francamente lamentable…

Siguiendo a Erik y vigilados por Leo, que iba en retaguardia, tomaron la acera que se movía hacia el interior de la ciudad. Sin ninguna clase de esfuerzo —gracias al «tapis-roulant»— avanzaron, a una velocidad de cerca de cincuenta kilómetros por hora, hacia el centro de la urbe.

Tardaron dos horas y media en llegar al final aparente de la avenida, ya que allí se abría una monumental plaza, cuyas dimensiones les dejó con la boca abierta.

La acera móvil se paró exactamente cuándo se hallaban ante un gran edificio gris.

—Vamos— dijo Erik.

Alan miró hacia la gran puerta con una inquietud creciente y aprovechándose de que los robots no podían captar las ondas de los emisores, aunque podían ser oídos por los humanos, dijo acercándose a Thomason.

—Nada de esto me gusta, profesor.

Comprendió, ante la mirada ausente del sabio, que Thomason estaba demasiado entusiasmado para ponerse en contacto con la realidad.

«¡Está en las nubes!» —se dijo el joven.

Atravesaron un vestíbulo cuyas paredes brillaban extrañamente, como si una capa de nácar las recubriese por completo. Desde luego, todo era maravilloso en aquel lugar, pero el piloto experimentaba una angustia que tenía mucho de terror.

Cuando la puerta del fondo se abrió, silenciosamente, ante ellos, una exclamación de sorpresa se escapó de los labios de Alan.

—¡Ahora lo comprendo!— dijo.

Una docena de robots imponentes, de mayor estatura que Erik y Leo, clavaban en ellos los brillos siniestros de sus células

fotoeléctricas.

Estaban totalmente construidos de un metal que despedía reflejos azulados.

Siguieron avanzando hacia ellos.

Erik, que iba a la cabeza, se inclinó ceremoniosamente, y el piloto, a pesar de su miedo, no pudo por menos que expresar la comicidad de aquella inverosímil escena.

—¡No sabía que Erik estuviese tan bien educado!

Una voz, que parecía surgir de su propio cerebro, le aterrorizó.

—No es momento de bromas, señor Alan.

Miró con asombro a uno de los robots, cuyos ojos eléctricos estaban clavados en él.

—¿Cómo conoce mi nombre? —inquirió.

—Telepatía —repuso simplemente el otro.

Alan no pudo responder nada, ya que a partir de aquel momento, la atención de los robots se concentró en los profesores. Pero, a pesar de ello, el piloto escuchó, EN EL INTERIOR DE SU MENTE, la conversación telepática que se desarrolló entre los sabios y los hombres-máquinas de aquel planeta.

—Os he llamado —dijo el que parecía asumir la suprema autoridad— para que salvéis a nuestro pueblo.

—¿No existen aquí criaturas como nosotros? —preguntó curiosamente Thomason.

—Sí, pero no son útiles ya para nada. Más tarde las visitaréis, si es ese vuestro deseo. Pero, por el momento, hay otras cuestiones de vital importancia y deseo saber si estáis dispuestos a ayudarnos.

—¿Por qué no? —se aventuró a decir Aller.

—Está bien. Venid.

Pasaron a un imponente despacho que también tenía laboratorio. El robot les señaló unos sillones funcional-anatómicos donde ellos tomaron asiento.

Casi inmediatamente, una monumental pantalla de televisión se iluminó ante ellos. La pantalla ocupaba una de las paredes y las escenas que aparecieron sumieron en la duda y el pánico a Alan.

Se veía el interior de inmensos edificios, que la cámara televisora recorría detalladamente. Allí, por todas partes, tirados en el suelo, cientos de miles de robots yacían en las posturas más inverosímiles. Los había de todas clases y tamaños, pero todos

estaban abandonados en el suelo, a veces los unos sobre los otros, como tremendos montones de chatarra.

La voz del robot-jefe se dejó oír en las mentes humanas.

—He ahí —dijo— el fatal destino de mi pueblo. Podría proyectar en la pantalla escenas como ésta durante meses o durante años. Pero ya comprenderéis que al igual que en esta ciudad, es idéntica la desolación en las otras.

—¿Cuántos robots hay en ese estado?— inquirió Aller.

—Dos billones —fue la fantástica respuesta.

—¿Tantos?

—Sí. Fueron la obra de nueve generaciones de hombres como vosotros.

—¿Y no hicieron nada para evitar este estado de cosas?

El robot tardó unos instantes en contestar.

—Es una lamentable historia —dijo con voz lenta—. Ellos nos crearon para escapar al servilismo del trabajo. Su inteligencia era grande, pero deseaban que fuesen las máquinas quienes los hiciesen verdaderamente grandes. Hasta el momento de nuestra creación vivían miserablemente, consumiendo la fauna y la flora de este planeta, sin preocuparse de nada, sin cultivar los campos y sin cuidar de la conservación de las especies animales de las que se alimentaban. Eran primitivos, glotones, glotones y apáticos; pero su inteligencia era grande e hicieron un esfuerzo considerable, durante cien años, para montar las máquinas de las que nosotros saldríamos.

»Fue el único esfuerzo que hicieron en su larga Historia. Y si se sacrificaron durante un siglo, conociendo por vez primera los sufrimientos del trabajo, fue porque estaban seguros de liberarse de él para siempre. Así nacimos los primeros y, a partir de ese momento, los humanos echaron sobre nuestras espaldas toda la labor del planeta.

»Seguros de todo, se multiplicaron activamente y llegaron a sumar trescientos millones en poco menos de mil años.

»Nacieron ciudades, tan grandes como ésta, porque el esfuerzo de millones y millones de los nuestros solucionaba cualquier problema. Pero la maldita raza que nos creó seguía siendo tan indolente como siempre. Y olvidaron que nosotros necesitábamos energía atómica. Sus pilas se fueron acabando, sus reactores perdieron paulatinamente fuerza. Y así, en poco menos de

seiscientos años, los robots empezaron a desaparecer, cayendo en los lugares donde se encontraban en el momento que su energía interior se terminaba…

—¿Y los humanos?

—Desaparecieron, incapaces de reaccionar solos. Estaban demasiado bien acostumbrados y cuando sus fieles servidores no pudieron, por falta de energía, solucionar sus propios problemas, fueron pereciendo, prefiriendo un final oscuro a una valiente lucha por la existencia.

»Utilizando uno de sus maravillosos inventos, el “transmisor universal de ondas sónicas” lanzamos mensaje tras mensaje, con la esperanza de que criaturas como nosotros las recibiesen. Y así ha sido. Porque necesitábamos la presencia de seres humanos inteligentes para que pusiesen en marcha los reactores y pilas atómicas, de manera que nuestros hermanos puedan de nuevo volver a su vida mecánica. Somos ahora los dueños de este planeta y podremos serlo de todo nuestro Sistema. Cuando volvamos a estar todos en marcha, estudiaremos vuestra astronave, antes de que regreséis y fabricaremos otra para nuestro servicio.

—¿Y cómo es que vosotros habéis escapado a la destrucción total?

—Porque conservamos una pequeña pila atómica que por fortuna, sigue funcionando aun, aunque le queda muy poco de energía. Si hubieseis tardado en llegar un poco más… todo se hubiera terminado.

—¡Os ayudaremos! —exclamó vivamente Thomason—. Pondremos todos nuestros conocimientos a vuestro servicio —se volvió hacia los otros dos—. ¿No es verdad, colegas?

—Desde luego.

—De acuerdo por completo.

Alan experimentó una curiosa sensación de derrota. Encontraba sumamente estúpido aquel entusiasmo de los profesores, que no podía llegar a comprender.

El robot le miró fijamente.

—En cuanto a vuestro joven compañero que, según leo en su mente, no posee los conocimientos científicos que necesitamos, le tendremos como huésped y será tratado como un amigo.

Volvióse hacia los robots que habían traído los humanos y

fijándose en uno de ellos.

—Tú, Leo, te quedarás con el señor Alan. Tú, Erik, vendrás con nosotros.

Sendas reverencias mostraron el completo acatamiento de los hombres-máquinas.

* * *

Al penetrar en las naves que contenían las pilas atómicas y los reactores de aquella ciudad, los sabios palidecieron bajo las esferas transparentes de sus capuchas espaciales.

—¡Qué enormidad! —no pudo por menos de exclamar Thomason—. ¡Aquí hay trabajo para un par de siglos!

El robot se acercó a él.

—No temáis —dijo—. En cuanto hayáis puesto en marcha un par de ellas, de modo a devolver la vida a unos miles de hermanos míos, ellos os ayudarán, obedeciéndolos ciegamente y avanzaréis a una velocidad notable.

—Si es así, es otra cosa —dijo Aller.

Porque lo que tenía ante sus ojos era más que asombroso.

La nave se perdía en el infinito y estaba completamente abarrotada de pilas y reactores, cuyo tamaño llegaba, en muchos casos, a superar la altura de la conocida torre Eiffel.

Se pusieron a trabajar con ardor, ya que aquellos aparatos en nada se diferenciaban excepto en el tamaño, de los que habían manejado y estudiado en la Tierra.

Cuando, dos días más tarde terminaron con la primera pila, una docena de robots empezó a traer a sus «hermanos inconscientes», cuyos reactores individuales fueron cargados a gran velocidad. A medida que los robots «volvían en sí», se colocaban junto a los humanos, convirtiéndose en poderosos y sumisos ayudantes.

El trabajo, tal y como había previsto el robot-jefe, avanzó, a partir de entonces, a una velocidad impresionante. Antes de que terminase la primera semana de estancia de los humanos en aquel mundo, doscientos aparatos habían sido puestos en marcha y trece mil robots hormigueaban en la colosal nave.

No habían vuelto los profesores a ver a Alan, ya que vivían, comían y dormían en unas habitaciones no muy alejadas a su

trabajo. Tampoco preguntaron por el joven piloto, el interés científico de lo que estaban llevando a cabo les tenía completamente absortos.

Así, mucho más rápidamente de lo que ellos mismos se hubiesen atrevido a imaginar, los reactores y pilas de aquella ciudad fueron recuperados totalmente. La materia prima, el uranio, el plutonio y algunos otros elementos radiactivos que ellos no conocían, parecían abundar ilimitadamente en aquel misterioso y sorprendente mundo.

Al terminar con la enorme tarea que habían realizado, se encontraban cansados y abatidos. A pesar de la efectiva ayuda de los robots, el ritmo del trabajo había sido exhaustivo y sus cerebros necesitaban un reposo.

El robot-jefe los mandó llamar al despacho donde les recibió la vez primera.

—Estoy más que satisfecho de la labor que habéis realizado. Esta misma tarde, acompañados por el fiel Erik, saldréis hacia otra ciudad para continuar el trabajo.

Aller se adelantó para decir:

—Necesitamos descansar. Estamos agotados.

El robot pareció no entender.

—¿Agotados? ¿Qué es eso? —inquirió.

—Quiero decir que estamos cansados; la labor ha sido interesante, pero muy fatigosa.

—¿No os damos cuantos alimentos deseáis? ¿Os entregamos lo mejor y encima os lamentáis? ¿No seréis como los otros, los miserables habitantes de este mundo, ineptos e indolentes como ellos? ¡Los robots no necesitamos descanso! Basta darnos un poco de la energía de la pila atómica para que trabajemos, sin parar, hasta que el material se agota…

—Nosotros no somos máquinas —insistió Aller.

Erik, al lado de los humanos, permanecía impasible.

—¡Vosotros sois iguales que los otros, los repugnantes seres que nos crearon! —rugió el robot-jefe—. ¡Yo soy el Amo y me debéis obediencia! Esta misma tarde saldréis para la otra ciudad.

—No lo haremos —repuso firmemente el geólogo—. Queremos regresar a la astronave y marchar hacia nuestro Sistema. Os hemos ayudado mucho, pero ya no daremos un paso más.

—¡ERIK! —rugió el Amo.

La mano metálica del robot desgarró, con un sólo gesto, la caperuza plástica que cubría el rostro del sabio.

Aller se llevó las manos a la garganta mientras caía de rodillas. Sus ojos se desorbitaron tétricamente…

—¡Me ahogo! —exclamó horrorizado.

El oxígeno que se escapaba de los depósitos del traje espacial producía un prolongado silbido.

Thomason y Limer miraron horrorizados a su compañero que se debatía en el suelo, luchando inútilmente contra la muerte.

—¡Inclinaos ante el Amo, vosotros! —rugió Erik amenazador.

Y los dos sabios, perfectamente convencidos de que nada podrían hacer contra el demoníaco poder que los tiranizaba, inclinaron sus cabezas en una reverencia que tenía más de alucinante que de grotesca.

* * *

—El señor Aller acaba de morir —dijo sombríamente Leo.

Alan miró al robot con los ojos muy abiertos.

—¿Te has vuelto loco, Leo?

—He dicho la verdad, señor Alan. El Amo ha ordenado a Erik que rompiese el capuchón del señor Aller…

—Pero… ¿por qué?

—No querían seguir trabajando. Dijeron que estaban agotados.

—¡Pobrecillos!

Apretó los puños con fuerza y mirando fijamente al robot:

—¿Estás con esos canallas, Leo?

—No entiendo.

—¿Estás de acuerdo con ellos? ¿Eres también nuestro enemigo?

La máquina tardó un tiempo en contestar.

—Yo… —balbució.

Pero Alan no estaba en estado de permitir ni dudas ni evasivas.

—¡Habla claro, Leo! Si estás al lado de esos monstruos, dilo de prisa. Lucharé contigo hasta que me mates… ¡Estoy harto de traiciones, aunque seáis las máquinas las que las hacéis!

La voz de Leo se hizo más dulce y sus ojos fotoeléctricos, de bello color verde, se entornaron un tanto.

—Yo… —titubeaba claramente—. Yo te amo, Alan.

El piloto se quedó con la boca abierta, sin saber lo que decir y cuando reaccionó, lo hizo brutalmente, lanzando una carcajada en la que el histerismo ponía una alucinante nota aguda.

—¡Me voy a volver loco! —exclamó—. ¡Debe ser la locura cósmica, de eso no hay duda posible! ¡Los profesores tenían razón!

—No, Alan, no estás loco; te lo aseguro.

Volvió a mirar al robot y afortunadamente para su integridad psíquica lo tomó a broma.

—¡No digas barbaridades, Leo! ¿Enamorado de mí? ¿Te das cuenta de la enormidad que acababas de decir? ¿Un robot enamorado de un hombre?

—Un robot no, Alan.

—¿Qué, entonces? ¿No me irás a decir que seas una criatura humana?

—Desgraciadamente no, Black; pero tampoco soy un robot; soy una robot.

—¿Una qué…? —el piloto no sabía si reír o llorar, todo le daba ya igual.

—Una robot, Alan. Una robot, «querido»…

El joven retrocedió asustado.

—¡No! ¡No puede ser!

—Y… ¿por qué no? Me fabricó una mujer extraordinariamente linda. Una profesora de Cibernética de París. Y colocó en mi cerebro un «signo» femenino… ¿No te has dado cuenta de lo delicado de mi piel metálica, Alan? ¿No te has fijado en el hermoso color de mis ojos? Eran casi como los de ella…

La cabeza le daba vueltas; pero nuevamente y para su suerte, se dio cuenta de todo el partido que podía sacar de aquella alucinante situación.

—Comprendo todo, «Leo». ¿Cómo es que llevas nombre de hombre?

—No me llamo Leo; fue el profesor Thomason quien empezó a llamarme así cuando me entregaron a él. Mi verdadero nombre es Belle.

Alan tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar la más ruidosa carcajada de su vida.

—Está bien, Belle. No sabes cuánto me alegro de que estés a mi lado. Debemos salir de aquí…, querida —le costó lo indecible

articular la última palabra, pero no tenía más remedio.

Los ojos fotoeléctricos de Belle brillaron como dos hermosas esmeraldas.

—Yo sé todo —dijo con voz que el piloto pareció musical—, todo. Te llevaré a los sótanos de este edificio y hablarás con ellos…

—¿Con quién?

—Pronto lo verás. Ten confianza en mí y sígueme…

Alan salió, precedido de Leo o Belle, que esgrimía su pistola, que no había abandonado un solo instante.

Con una maestría admirable «la» robot le guió a través de un verdadero laberinto de pasillos, ascensores, escaleras… Finalmente, Belle se detuvo ante una puerta. Sus manos se adelantaron y tiraron suavemente de la cerradura magnética.

Tiró después de la puerta.

Alan había visto y leído sobre mazmorras tremendas, en la dolorosa historia de las venganzas humanas, pero nunca se atrevió a concebir algo tan infecto como aquello.

El hedor era insoportable y cuando, venciendo la repugnancia, el piloto penetró, tras Belle, en el interior de aquella celda, pudo percatarse de que la inmensa mayoría de los hombres que allí yacían estaban muertos. Sus cuerpos se iban descomponiendo y el olor era perfectamente explicable.

—Aquél está aún vivo —dijo «la» robot señalando una figura pálida reclinada junto al muro.

Alan se acercó, no sin reparo, al hombre; pero, cuando se dispuso a hablarle, recordó que no iba a ser posible hacerlo, ya que tanto el prisionero como él desconocían mutuamente sus respectivos lenguajes.

—Te equivocas. Podemos hablar…

La voz había sonado en el interior del cerebro de Alan, quien comprendió inmediatamente que aquel guiñapo humano manejaba, como los robots del planeta donde estaban, el lenguaje telepático.

—¿Quién eres? —inquirió.

—Nada importa ya. Dentro de muy poco, mi vida se extinguirá y soy el último de los «Shirianos» que queda con vida.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí encerrado?

—Trescientos de vuestros años.

—¿En?

—Nuestra vida normal es de quinientos de vuestros años terrestres.

—¿Y qué es lo que ocurrió para que os hicieran prisioneros?

—Cometimos el mayor error que puede salir del cerebro de criaturas inteligentes como nosotros. Movidos por sentimientos humanitarios, quisimos liberar a los hombres del trabajo y fabricamos máquinas para que todo fuese realizado por ellas. Al principio, todo fue maravillosamente bien y las gentes pudieron dedicarse a cosas más nobles. La cultura creció por doquier y el estudio era el único objetivo de nuestra evolucionada especie.

—¿Y luego?

—Nos dimos cuenta de nuestro error, pero ya era demasiado tarde. Por lo que leo en tu cerebro, también en tu mundo ocurre lo mismo.

—¿A qué te refieres?

—A que, como aquí, hay hombre buenos y malos. Nosotros olvidamos la existencia de estos últimos y llegamos a convencernos de que todo era nada más que un problema de cultura. Nuestros más famosos sociólogos pedían a gritos una instrucción más generalizada y cuando las gentes estuvieron instruidas, solicitaron los sociólogos que todas las ramas del saber se pusiesen al alcance de las masas.

»Les complacimos, convencidos de que hacíamos un bien.

—¿Y no fue así?

—No. Leo en tu mente una palabra que nosotros también tenemos y que puede explicarlo fácilmente todo.

—¿A qué palabra te refieres?

—A la nuestra «Theis-thamo».

—¿Qué significa?

—Son dos palabras reunidas en una sola. «Theis» significa amor y «thamo» sabiduría. Es como la vuestra «filosofía» y significa lo mismo.

—¿Qué quieres decir con ello?

—Que la ciencia y el amor deben ir unidos y que sólo los que aman el saber deben poseer los medios de alcanzarlo. Ya ves que no limita esto la hegemonía científica de una clase determinada. Para saber y comprender es necesario amar. Sin amor, la sabiduría es negativa y, desdichadamente, peligrosa.

—Estoy de acuerdo.

—Eso fue lo que ocurrió aquí. La falta de amor desencadenó envidias, ambiciones, luchas, guerras. Todo eso parecía inherente a la naturaleza de nuestra especie, pero nos habíamos olvidado de que creamos máquinas inteligentes y que, ante ellas sin el menor rubor, nos destrozábamos salvajemente entre nosotros, utilizándolas incluso para nuestros bajos fines de conquista.

»Y lo que tenía que pasar pasó. Al ver los robots que sus creadores eran mezquinos y crueles hasta lo concebible, se aunaron y terminaron con la especie, sin darse cuenta de que, al hacerlo, sin discriminación, firmaban su propia sentencia de muerte, ya que eran incapaces de entender el manejo de las pilas, fuente de energía para ellos.

»Yo… —agregó con un sollozo.

Pero no dijo más. Inclinó convulsivamente la cabeza y se quedó inmóvil.

Había muerto.

Alan comprendió el horrendo peligro en el que habían caído sus compañeros y seguido por Belle, a que rogó le llevase junto a los otros, llegando así despacho en el que acababa de morir Aller.

—¡Dispara, Belle querida!

Ella obedeció, demostrando su sincero amor por el piloto y Erik, con la cabeza desintegrada, cayó para no levantarse más, junto al cadáver del geólogo.

—¡Tira contra el otro! —avisó Alan.

Belle obedeció y primer disparo dio de lleno en una de las monumentales piernas metálicas del Amo.

Pero, de todas formas, aquel diablo de máquina consiguió avanzar hacia una pared repleta de mandos y su mano multi-digital se aferró locamente a una palanca.

—¡Volaremos todos! —y bajó de un golpe seco la fatal palanca.

EPÍLOGO

Cuando Alan entreabrió tímidamente los ojos, no dio crédito a lo que veía.

Era tan ilógico, tan imposible, tan descabellado, que volvió a cerrar los ojos, con todas sus fuerzas, prefiriendo la oscuridad a aquellas imágenes que parecían demostrarle, inequívocamente, que había perdido la razón.

Permaneció silenciosamente sumido en aquel estado de ánimo en el que la confusión dominaba completamente todos los demás sentimientos e ideas.

—¡Alan!

Era la clara voz de Thomason y se estremeció al oírla.

Con los ojos cerrados, sin atreverse a abrirlos, el piloto contestó con voz trémula.

—¿Qué desea, profesor?

—Haga el favor de venir.

Alan se levantó, notando entonces que estaba atado. Deshizo las ataduras de plástico y abriendo definitivamente los ojos, salió de la cabina encaminándose hacia la sala de mapas.

Thomason y Limer estaban allí.

¡Habían escapado!

La idea le llenó de gozo. Lástima que el pobre profesor Aller no hubiese podido compartir su alegría de aquellos momentos.

—¿Qué desea, profesor?

—Siéntese, Alan.

Los rostros de los dos hombres de ciencia expresaban claramente su congoja.

Era natural.

—Hemos fracasado, Black.

—Ya lo sé —dijo el piloto—. De todas formas, hemos salvado la vida.

—Eso es cierto. Ha sido una dura experiencia, que no teníamos

derecho a exigir más de algo que no está lo bastante perfeccionado.

—Estoy de acuerdo, Thomason.

Alan tuvo que apoyarse en el sillón para no dar un salto. Se volvió mientras su corazón latía precipitadamente, a saltos.

Simon Aller, el muerto, avanzaba sonriente hacia ellos.

Alan estaba blanco como el papel, pero algo le advirtió de que no debía abrir la boca.

—Ha sido un lástima que no hayamos logrado la «curvatura». Seguimos estando al lado de Plutón…

La luz se hizo, cegadora como un relámpago, en la mente del piloto. Y al darse cuenta de lo horrible de su pesadilla —¡al fin y al cabo pesadilla!— soltó una estruendosa carcajada.

No pudo remediarlo.

Los otros le miraron con natural extrañeza.

—¿Le ocurre algo, Alan? —inquirió temerosamente Aller, el muerto.

—¡Es la locura cósmica, profesor! ¡La alegría cósmica, el gozo cósmico! ¡Todo junto!

—Se pondrá usted bien en cuanto regresemos a la Tierra, cosa que vamos a hacer al instante.

—¡Claro que me pondré bien, profesor! ¡Y le aseguro que no habrá fuerza humana que me obligue a subir nuevamente a una astronave! ¡Mi abuelo, en Kansas, me dejó una granja a la que voy a dedicar todos mis esfuerzos y todo lo que me queda de vida!

—Está bien, Alan, está bien. Pero, por el momento, debe usted descansar, permanecer en su cabina. Voy a llamar a Leo para que le acompañe. Nosotros estamos muy ocupados.

—¿Llamar a Leo, digo a Belle? ¡Nunca, profesor, nunca! Conozco a una muchachita vulgar en Kansas City; no es gran cosa, pero sabe preparar el café de una manera especial. Y me dará unos hijos mediocres, nada sabios, pero excelentes ganaderos y granjeros…

Rió jovialmente.

—Y que ninguna mujer con los ojos verdes se me acerque jamás. Sería la única cosa capaz de sacarme de mis casillas…

FIN

¡NO ESTAMOS SOLOS!

I

La sirena maulló en plena noche, lúgubremente. Boca metálica que animaba la lejana red de radar, allá, seguramente, en las tierras heladas del Polo.

Así lo pensó Chesley, en la décima de segundo que siguió a su brusco despertar. Y mientras se vestía, velozmente, llegó a la amarga conclusión de que la guerra había llegado.

Durante muchos años, los hombres habían hecho esfuerzos, sinceros y hipócritas, para evitar que la horrenda catástrofe se desencadenase. El desarrollo de las armas había alcanzado límites insospechados y era natural que el miedo —un miedo cerval y hasta patológico— anidase, en el corazón de todos, hasta en el de los ambiciones de siempre, que veían vedadas sus conquistas comerciales y territoriales por el espanto que en ellos despertaban las armas.

Había quedado muy atrás, acurrucada vergonzosamente en el pasado, la bomba atómica. Nadie se acordaba de ella, porque la atención general se había concentrado en las nuevas conquistas de

la ciencia, que hacían palidecer al más templado. Las Armas, las modernas, que no eran conocidas más que por unos pocos, pero que la Prensa había reseñado moderadamente en sus columnas, eran para espantar a cualquiera.

Chesley se estremeció de pies a cabeza al imaginarse los desastrosos resultados que saldrían de su aplicación. En aquella noche —las luces se habían apagado y él se iluminaba con una linterna de bolsillo—; en aquella noche negra como el infierno, el enemigo —¿qué importaba quién fuese?— había lanzado las armas.

Y las armas, a una velocidad de vértigo, avanzaban en medio de la noche, como la más monstruosa Némesis que pudiesen concebirse.

¿Quién podía haber sido el loco que apretó los botones que ponían en marcha las armas?

Pero todo reproche era inútil. La realidad se iba acercando. Y eso era lo primordial.

No obstante, Chesley, como seguramente millones y millones de criaturas que, como el, se estarían vistiendo precipitadamente para correr a los refugios, se resistían, en un último intento de frenética esperanza, en reconocer la verdad. Era, posiblemente, una equivocación táctica del avestruz; pero nadie podía evitarlo.

Como Chesley, habría muchos; muchos para los que el día que iba a nacer sería una fecha memorable en la vida. Porque Chesley iba a casarse a la mañana siguiente y aquella noche era la última que pasaba en su piso de soltero.

«Sí —pensó sonriendo tristemente mientras terminaba de vestirse—, mucha gente iría a realizar algo importante en el día que aún no había llegado.

Para muchos, como para él, el 24 de marzo de 1988 estaba destinado a ser una fecha señalada…»

¡Y tan señalada!

Lo iba a ser para todos. Para los que, como él, ansiaban algo y para los que vivían en la monotonía de una bella existencia, sin que el 24 de marzo significase más que un nuevo día… un día más.

¿Podía haber derecho a que, repentinamente, la vida se truncase para siempre? ¿Era tan poco la vida de un ser humano para que el más negro de los destinos dispusiese gratuitamente de ella?

Recogió su cartera y el dinero que había en ella, echando una

mirada al talonario de cheques donde había ya firmado unos cuantos en previsión de los gastos del día siguiente.

Con los labios apretados, hasta hacerse sangre, rememoró toda la última fase de su vida y los esfuerzos que hubo de hacer para reunir el dinero necesario para comprar un poco de felicidad.

¡Costaba caro un poquito de felicidad!

Los hombres se las habían arreglado para que todo, incluso el pensar, el amar y hasta el rogar costase dinero. El dinero había cobrado una personalidad auténticamente monstruosa y nada podía concebirse sin él, ni la vida misma…

Pero, a pesar de todo, de la íntima protesta que el espíritu de Chesley formulaba en aquellos instantes, hubiese dado todo por bien empleado si le hubiesen dejado vivir. Él lo deseaba —a sus treinta y dos años— con toda la fuerza de uno que estaba dispuesto a batallar firme para vencer.

Tornó a sonreír.

Antes de abandonar su habitación lanzó una ojeada en derredor suyo y su mirada se detuvo, quizá con mayor detenimiento que en las otras cosas, sobre su máquina de escribir y el puñado de cuartillas que había a un lado, todas ellas escritas,

—¡Mí novela!— exclamó.

Una tierna humedad mojó sus párpados. En los pocos segundos que concedió a aquellas hojas de papel, todo el argumento desfiló locamente por su mente, como una película «a toda máquina».

Era una de sus mejores novelas de fantasía —de anticipación científica cómo se las seguía llamando— y en ella se hablaba de tiempos futuros, más o menos felices, pero futuros del año 2300, concretamente.

¡Imbécil!

No le dolió el insulto que acababa de dirigirse mentalmente. Lo merecía. Había sido un estúpido, como todos los hombres que soñaban en la posibilidad de un futuro, enriqueciéndolo de cosas maravillosas, de viajes interplanetarios, de triunfos humanos que llevarían al hombre más allá de los mundos visibles.

No, no habían tenido derecho, ni él ni ninguno de los otros que escribían aquellas historias, a hacer que los lectores se forjasen esperanzas que jamás se realizarían.

Debían haberse dedicado, exclusivamente, a advertirles del

peligro interno, de todo lo malo que hay aquí, sin necesidad de separarse de la corteza terrestre.

Iba a coger las cuartillas, por las que sentía, a pesar de todo, un cariño de creador a criatura, pero se decidió a no hacerlo y abandonó definitivamente su apartamento mientras la sirena seguía maullando sobre la ciudad.

II

La calle estaba monstruosamente llena de gente. Pero no era la gente de siempre, sino extraños de rostros pálidos; tan lejanos como hubiesen resultado los habitantes de algún planeta desconocido.

Las madres apretaban a sus hijos contra ellas y los hombres hacían lo mismo con lo de valor que habían podido coger antes de abandonar sus hogares.

La masa humana se dirigía precipitadamente hacia los refugios y eso debía haber hecho Chesley.

Pero, una vez fuera, en la calle, el joven sintió, más intensamente que nunca, la fuerza de atracción contemplativa por aquellos hermanos suyos que huían desesperadamente.

Y se puso a observarlos.

No había aparecido aún el pánico y los agentes públicos encauzaban ordenadamente a los que huían, dirigiéndose hacia los refugios. Pero, no obstante, Chesley no logró descubrir nada humano en la mirada de la gente, ni en la de los policías estacionados en la calle.

En aquellos ojos no había más que un fatalismo que dominaba todo otro sentimiento.

Y Chesley comprendió la lógica de aquella manera de pensar.

Se había hablado tanto de las armas, que ninguno de aquellos desdichados, ni los que les dirigían, tenían la más mínima confianza en los refugios. Por muy profundos que éstos fuesen, la muerte se filtraría por la tierra y nada podría detenerla.

Entonces, ¿Para qué?

No valía la pena buscar una explicación. La humanidad seguía siendo tan estúpida como en los tiempos más remotos y de nada habían servido los llamados avances de la civilización, de la portentosa civilización de este siglo XX, que sería el último…

¡Correr! ¡Ocultarse! ¡Huir!

Aunque fuese completamente inútil, aunque no valiese la pena

siquiera intentarlo; aunque se poseyese la certeza, la seguridad de que la muerte no estaba dispuesta a perder ni una sola de sus presas.

Chesley se sintió tremendamente defraudado.

Los minutos pasaban y el gentío disminuía a ojos vista. También los agentes del orden se iban haciendo más escasos. Y la desgana, nacida de la conciencia de la inutilidad de todo esfuerzo, de todo intento, seguía reflejándose en las miradas de los humanos que desfilaban, cada vez en menor número, ante Chesley.

Era el final…

III

La idea de buscar a Jane surgió en su mente de una manera espontánea, extrañándose, momentos después, de no haber pensado antes en ello.

Las calles estaba ya casi completamente desiertas y sólo los vehículos, por miles, abandonados, ponían una nota de vida en la ciudad. Chesley pensó que su garaje estaba demasiado lejos y que, con toda verosimilitud, ni el metro ni ninguna otra clase de transportes urbanos funcionarían ya.

Vio a un agente en la esquina de la Calle 34 y se acercó a él.

—¿Puedo coger un coche, agente?

El otro le miró con extrañeza y con desgana.

—¿Para qué lo quiere?

—Deseo ir a por mí prometida y mi coche está en un garaje alejado.

Se encogió el policía de hombros.

—¡Puede cogerlos todos, si lo desea!

—Gracias.

Chesley tomó un descapotable nuevo y lo puso en marcha, ya que habían dejado las llaves puestas.

El aire de la noche le azotó el rostro cuando atravesaba la ciudad desierta. Aquella quietud, que sólo desgarraba el ruido del vehículo, le impresionó profundamente y le hizo recordar muchos de los relatos que había escrito y en los que situaciones semejantes, en otros mundos, le habían llevado a pintar ciudades abandonadas y espantosamente solas como ésta.

Jane vivía en Richmond y Chesley no tardó mucho en llegar allí. Conocía la situación del refugio —un lugar de los más inútiles y ridículos de toda la ciudad— y se alegró de haber tenido la idea de ir a buscar a la muchacha, ya que, con un poco de suerte, podría llevarla lejos, en aquel mismo coche, fuera de la ciudad que se convertiría en ruinas.

Miró al cielo.

Las estrellas, sus amigas, brillaban como siempre, indiferentes a la tragedia que se cernía sobre la tierra. Pensó, mientras se acercaba al refugio de Richmond, en que las horribles explosiones que las armas producirían sobre la tierra, no llegarían hasta aquellas estrellas hasta muchos años después, miles de años para muchas de ellas…

Si alguno de aquellos brillantes astros estaba rodeado de planetas, como nuestro sol y en uno de esos planetas, sus habitantes observaban la Vía Láctea, dentro de mil, dos mil o más años, los astrónomos de aquel lejano mundo verían llamear uno de los planetas del Sistema Solar.

Y si eran inteligentes —¿por qué no?—; lo bastante para conocer la potencia de las armas y lo suficientemente sensatos para no haberlas empleado, se dirían que los seres de aquel mundo, cuyas llamaradas llegaban hasta ellos siglos después de que las explosiones se produjesen, habían sido locos, estúpidos, insensatos…

Ese sería el natural colofón que la inteligencia del cosmos pondría a una especie que no podía vivir sin hacer daño, sin matar…

Detuvo el coche junto a la entrada del refugio y se apeó velozmente, penetrando por la escalerilla, que le condujo hasta el ascensor, a cuyo lado estaba la cabina telefónica de información,

Se dirigió al empleado que estaba allí.

—¿Puede decirme si está aquí una determinada persona?

—No creo que sea muy difícil, señor —luego, aprovechando la ocasión—: ¿Qué hay por ahí afuera?

—Silencio y desolación, por el momento…

—Es horrible… —musitó el otro. Y volviendo a la realidad—: ¿A quién he de llamar, señor?

—A la señorita Jane Stleson, por favor.

Comunicó el empleado con la sección de altavoces.

—Ya la están llamando —dijo.

Y después de una pausa, mordido por la curiosidad y con indudables ganas de hablar con alguien.

—¿Quién cree usted que nos ataca, señor?

Chesley se encogió olímpicamente de hombros.

—¿Qué importa eso? En cuanto se haya localizado al agresor, lanzaremos las armas contra él; pero, si no logramos descubrirle, las lanzaremos igualmente.

—¿Contra quién?

—Eso no tiene importancia. Empezaremos por bombardear Europa, seguiremos con Asia. Oceanía, al conocer el ataque, lanzará sus armas. Los pueblos a los que castiguemos sin motivo, se volverán, como perros rabiosos, mordiendo a cualquier otro…

—¡Sí que es usted pesimista!

—¿Pesimista? —la palabra hizo gracia a Chesley—. No soy pesimista, muchacho; soy humano, solamente humano, como usted, como todos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no somos diferentes al que ha apretado el primer botón, poniendo en marcha las armas. Usted o yo en su lugar, hubiésemos hecho lo mismo. La estupidez humana es, desdichadamente, congénita.

El teléfono le interrumpió. Escucho atentamente unos instantes y volviéndose a Chesley, después de haber colgado.

—Ya sube. ¿No quiere usted bajar?

—No. Pienso llevármela.

—¿Eh? ¿Va a atreverse a salir, precisamente ahora, cuando las armas pueden llegar de un momento a otro?

—Las primeras han debido ser detenidas por las defensas de proyectiles teledirigidos. Tendré tiempo de alejarme de la ciudad.

—¿Es que cree usted que corremos peligro… aquí? —preguntó el otro con un súbito tono de preocupación en la voz.

—No, nada de eso —se apresuró a contestar Chesley.

Afortunadamente, la llegada de Jane, que salió de uno de los ascensores, puso punto final a aquella peligrosa conversación.

Ella corrió a arrojarse a los brazos del joven.

—¡Querido! ¡Qué alegría!

—¿Estáis todos bien, Jane?

—Sí; papá y mamá han encontrado gente conocida y están organizando un «bridge»; yo me estaba aburriendo…—agrego con una encantadora sonrisa.

El la miró fijamente.

—Vengo a por ti, cariño.

—¿Qué quieres decir?

—Que tengo un coche ahí afuera y que quiero que vengas conmigo.

—¿Adónde? ¿Ahora?

—Sí. Nos alejaremos de la ciudad. Es muy importante. Ya te lo explicaré por el camino.

—Tendré que avisar a papá y mamá…

—No creo que sea esencialmente necesario. Cuando la alerta se haya terminado regresaremos en seguida.

IV

Nunca habían estado las carreteras más desiertas. Pocos vehículos se cruzaron con el suyo y todos pasaron a una velocidad loca, como si la misma fiebre de pánico que dominaba a los humanos empezase a empapar a las máquinas.

Jane se recostaba dulcemente sobre el hombro de Chesley, con la mirada en el estrellado cielo. La belleza del firmamento la producía una emoción irresistible.

—¡Qué noche más hermosa!— dijo.

Chesley no contestó. También pensaba él en la noche, en la última noche para millones y millones de seres…, en la verdadera noche, la última noche.

Un trueno lejano les hizo estremecer juntos. Y el escalofrío pasó de cuerpo a cuerpo como si ya formasen uno solo.

—¿Qué ha sido eso, Chesley? —inquirió ella con la voz truncada por el miedo.

—Alguna de sus armas que ha sido derribada y ha caído lejos de la ciudad,

—¡Es horrible que hayan declarado la guerra precisamente esta noche!

Precisamente esta noche.

Jane pensaba como mujer y no podía, ni por asomo, imaginarse los derroteros que seguía la mente atormentada del hombre que iba a su lado. Porque Chesley pensaba en todos los humanos, en los que muy pronto se desintegrarían en átomos, en los que esperarían angustiosamente su turno, en los indiferentes, en los ignorantes y demasiado confiados, en los pusilánimes o en los suicidas que, como los padres de Jane y otros muchos, esperaban el final de la alerta jugando al «bridge»…

¡El final de la alerta!

Habría fin a secas, con toda la significación indecible de ese término; con toda la crueldad que encerraban las tres fatales letras

FIN.

Pasó los puentes, a una velocidad tremenda y penetró por una de las anchas pistas de Nueva Jersey

¿Hacia dónde iba?

¡Cuánto le hubiese gustado saberlo!

V

La explosión que detrás de ellos abrazó la totalidad del horizonte, hacia el Este, les cegó, por completo, durante un largo par de minutos.

Chesley supo frenar a tiempo.

Luego, silenciosamente, cuando la claridad cegadora cesó y la oscuridad de la noche vino a cubrir las cosas como con un sudario, ella y él se volvieron para mirar con horror el incendio siniestro que se extendía allá lejos.

Las armas habían llegado.

—¡Qué horror! —sollozó Jane.

Él la tomó en sus brazos y la besó tiernamente, pero, como ella, estaba profundamente conmovido.

—Vamos, Jane.

Acababa de recordar una de las mansiones de la región, cuyo propietario, un admirador de sus novelas, le había invitado muchas veces a pasar allí el fin de semana. La casa poseía un sótano —cueva a bastante profundidad— y allí podían encontrar un lugar seguro para quedarse.

Se alegró de haber ido a buscar a Jane y, aunque le dolía la muerte de los padres de ella, se sintió un tanto más optimista y hasta un poquitín orgulloso de haber sabido aprovechar la ocasión.

Llegaron a la mansión señorial media hora más tarde. Otras explosiones e incendios habían extendido la llamarada del horizonte haciéndola más próxima.

Dejaron el coche en el jardín, comprobando seguidamente que la casa estaba completamente vacía. Las neveras de la moderna cocina estaban atiborradas de alimentos, así como las alacenas y estantes de la despensa.

Ayudado por Jane, Chesley traslado gran cantidad de cosas al seguro sótano, que tenía dos salidas, una de ellas bastante alejada del edificio y que se empleaba para descargar, fuera de los elegantes

jardines, el carbón y las barricas de vino.

La temperatura allá abajo era agradable, algo fría y el joven hizo varios viajes aún hasta que consiguió trasladar todo lo que podía serle necesario hasta que pudiesen salir de allí.

Cerró finalmente ambas puertas y se sentó, sobre uno de los colchones que había traído, al lado de su prometida.

—Esperaremos —dijo simplemente.

Y esperaron.

VI

Esperaron. Durante muchos días —¿quién podía saber cuántos?— oyeron explosiones, lejanas, que les demostraban que la horrenda lucha proseguía por doquier.

Uno de aquellos días, la cueva se estremeció tremendamente y por un momento pensaron que todo terminaba para ellos.

Se hizo luego el silencio.

¿Cuánto tiempo duró aquella quietud, que parecía tan espantosa como las mismas explosiones?

Eran incapaces de calcularlo.

Más días y más días fueron pasando antes de que Chesley se decidiese a echar una ojeada al exterior. Cuando lo hizo, en un amanecer de uno de aquellos indecibles días, él gesto de espanto que se reflejó en su rostro fue más evidente que el terror que le impedía lanzar gritos histéricos.

Todo cuanto le rodeaba había sido destruido.

La mansión, como todo lo demás, había sido destruida y las ruinas se extendían por todas partes.

Chesley se quedó contemplando todo aquello con un estupor que nacía en lo más hondo de su alma. Realmente, era inexplicable, ilógico… y hasta imposible.

Por mucha que fuese la locura humana, por muy demoníacos que hubiesen resultado los instintos de los enemigos, jamás se hubiera procedido a una destrucción generalizada.

Sobre todo, por encima de los postulados éticos —de los pocos que hubiese podido subsistir—, por una cosa que ningún hombre olvida. Aquella horrenda e inhumana destrucción era antieconómica.

—¡Eso es!— dijo Chasley en voz alta—. Es inhumana porque es antieconómica.

Y una horrible sospecha se adentró solapadamente en su espíritu.

VII

No quiso salir más, ni dejó que Jane lo hiciese. Por otra parte, la joven le preocupaba bastante, ya que ella era incapaz de hacer frente a una situación de soledad que se imponía con la fuerza de la realidad.

—No quiero pensar, querido —decía ella— en que estuviésemos completamente solos en este mundo destruido.

—¿Pero, no me tienes a mí, cariño?

—Ya lo sé, Chesley; pero, ¿te has parado a pensar en una soledad tan indeciblemente espantosa? ¡Solos! ¡Solos para toda la vida! Completamente solos…

Él dudó antes de lanzarse a una cuestión que aclarase la sórdida visión que ella se hacía de la soledad.

Se encogió ella tristemente de hombros; luego, mirándole a los ojos.

—No tendremos hijos, Chesley. Ahora ya no importa decirte la verdad. Iba, de todas formas, a decírtela antes de nuestra boda; pero el doctor de casa…

—¡Calla! ¡Basta!

Ahora se explicaba el horror que ella sentía por una soledad que en estos momentos le aparecía bajo una nueva luz, desde un ángulo tan real como espeluznante.

Pasaron días y días. No hubo entre ellos más que cortas frases, a veces simples monosílabos de afirmación. La soledad que tanto temían se agravó con la frialdad que se hizo entre ellos a partir de aquel día.

Fue mucho más tarde, una mañana —sabían cuando era el día y de noche por la luz que entraba o dejaba de entrar por una grieta que se había abierto en el techo— cuando ella le despertó alborozada.

—¡Despierta, Chesley! ¡Despierta!

Él se incorporó a medias y con los ojos aun semicerrados.

—¿Qué ocurre?

—¡Levántate en seguida, querido!

Ella, cuando Chesley estuvo en pie, se lanzó a sus brazos y le besó con ardor.

—Qué tontos hemos sido, querido. ¿Me amas un poco aún?

—¡Claro que sí, Jane!

—Cuánto me alegro. Vamos.

—¿Dónde?

—Afuera…—y acercándose a él y con tono de gozo—. ¡He oídos pasos, Chesley! ¿Me oyes? ¡He oído pasos!

Y después, con una vehemencia inusitada:

—¡No estamos solos, amor mío! ¡No estamos solos!

Chesley se estremeció de pies a cabeza y levanto la mirada hacia el techo. Luego, al bajar los ojos, se dio cuenta de que una de las puertas estaba completamente abierta.

—¿Quién la ha abierto? —inquirió.

—Yo, amor mío. Al oír los pasos salí con cuidado, pero no vi a nadie. Entonces, queriendo que compartieses el gozo del encuentro, te desperté, prefiriendo salir contigo.

Chesley la miró con horror.

—¡Cierra esa puerta! —gritó locamente—. ¿Es que no me oyes? ¡Cierra esa puerta hora mismo, inmediatamente!

¿Por qué no se lo habría dicho antes? ¿Por qué no le contó sus horribles sospechas?

La culpa había sido de los dos.

Al ver que ella se quedaba parada, tapándose la mano con la boca, asombrada y asustada al mismo tiempo, Chesley dio un paso, avanzando hacia la puerta, con la intención de cerrarla.

Pero ya no pudo.

Uno de ellos entró, atraído, sin duda alguna, por los gritos que Chesley había dado.

Detrás iba otro.

Eran pequeños, peludos como arañas y con, por lo menos, seis brazos y otras tantas piernas.

Pero no era aquello lo que sacudió el cuerpo de Chesley como un escalofrío de espanto.

Los ojos del hombre resbalaron sobre la imagen del primero y su atención —y su horror, su pánico y su miedo— se concentró en el

segundo, que acababa de penetrar en el sótano de la casa.

Era igual, completamente igual al primero, pero había algo que denotaba en él que ya no podía caber esperanza alguna y que ellos, que podían considerarse como los dos últimos seres del mundo destruido por los invasores estelares, durarían muy poco.

Porque, el segundo, SUJETANDO CON TRES DE SUS MANOS Y CON UNA EXPRESIÓN DE BESTIAL GLOTONERÍA, ESTABA DEVORANDO LOS RESTOS DE UN SER HUMANO

FIN

Nuestros recordatorios con sonrisa



—¿Ha leído usted lo del satélite artificial que van a lanzar al espacio desde los Estados Unidos?

—Sí; pero lo que me extraña es que siendo un país tan rico en lugar de un satélite artificial no empleen uno natural.

En el próximo número, ¡otra gran novela del genial *CLARK CARRADOS*!

Conflicto estelar

SABEMOS QUE NO SE OLVIDARÁ DE ADQUIRIRLA, PERO, POR SI ACASO… Y POR SU BIEN, SE LO RECORDAREMOS A USTED.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

32. Retorno al paraíso —*Louis G. Milk*
33. Desgravitación —*S.S. Kent*
34. Los fito-venusianos —*H.S. Thels*
35. El viajero de Saturno —*Austin Tower*
36. Una lápida en la Luna —*Clark Carrados*
37. El planeta desconocido —*Peter Barton*
38. No hay marcianos —*Clark Carrados*
39. Macro-humanos de Júpiter —*Law Space*
40. ¡Llegan los marcianos! —*H.S. Thels*
41. Flecha al cénit —*S. S. Kent*
42. La astronave fantasma —*Law Space*
43. Guerra de universos —*H. S. Thels*
44. Peste de plata — *Clark Carrados*
45. Nosotros, los marcianos —*Law Space*
46. Volver A Empezar —*H. S. Thels*
47. ¡No Salgamos Al Espacio! —*Law Space*
48. Las blancas nubes de Venus — *Clark Carrados*
49. La tiranía de los "Robots" —*Law Space*
50. Intriga en el cosmos — *Red Arthur*
51. Ha nacido un satélite —*Clark Carrados*
52. Bajo la capa mortal —*S. S. Kent*
53. El pueblo oculto de Kon-Tiki — *Eduardo Texeira*
54. La palanca del tiempo —*Law Space*
55. Las estrellas nos atacan — *Clark Carrados*
56. Los esclavos de Silón — *Red Arthur*
57. Materia negativa — *H. S. Thels*
58. La pesadilla de los hipogeos —*Law Space*
59. ¡Se acaba la elíptica! —*H. S. Thels*
60. Una princesa de Sirio —*Clark Carrados*
61. Vagabundos del infinito — *Red Arthur*
62. La fauna del espacio —*H. S. Thels*

Escena de INVASION DE PLATILLOS VOLANTES, de Columbia Films

[1] (1) Todo el mundo sabe que al alcanzar la velocidad de la

luz, llamada también velocidad límite y representada por la letra «c», la masa se hace infinitamente grande; es decir, que una astronave que llegase a alcanzar «c» sería tan grande como todo el Universo. En cuanto al tiempo, sufre, en «c» una «contracción», ya que todo móvil que logre la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo VIVE UN TIEMPO ESPECIAL y mucho más contraído que el nuestro; de esta manera, un piloto de una nave que se moviese a la velocidad de la luz y que estuviese un MES fuera de la Tierra, encontraría, a su regreso, que habían pasado varios siglos. Es justamente a esto que se llama «contracción del tiempo». Debido a la imposibilidad de moverse a la velocidad de la luz, aunque se descubriesen medios de lograrlo, por todo lo antedicho, el Hombre ha de orientarse hacia otras propiedades del espacio para conseguir salir del Sistema Solar, ya que parece indudable que, cuando se hayan visitado todos los planetas exteriores, se despierte el interés por los mundos situados al otro lado de Plutón. De todas formas, y hoy por hoy, es sólo la fantasía la que nos permite viajar fuera del Globo terrestre. (Nota del Autor.)